REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 18 de Marzo — Núm. 11

Año XIV. No. 627

SUMARIO

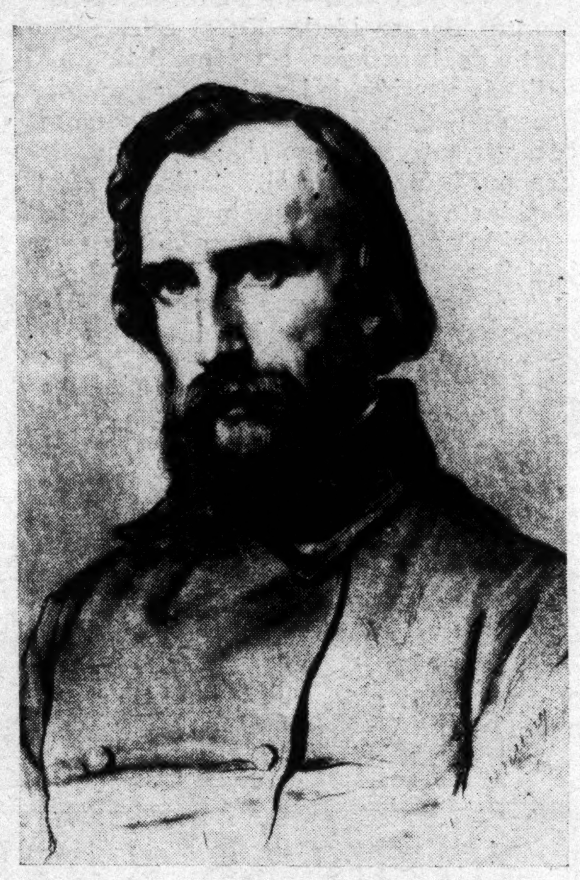
Visita a Enrique Federico Amiel	Ventura García Calderón	Poesías	María Wiesse
Sin querer	Augusto Arias	Economía Doméstica (3)	Elena Torres
Crónica de un viaje aéreo a México	Rogelio Sotela	Tribunales de Illinois que no permitieron aumento en las tarifas eléctricas	Juan del Camino
Gambetta	Ramiro de Maeztu	Campanas de Cartago	Mario Sancho
La maravilla del radio	Alejandro Alvarado Quirós	El alcance en el tiempo	Stefan Zweig
Pablo Zelaya			

Visita a Enrique Federico Amiel

= De *La Prensa*, Buenos Aires =

Cada vez que paso por Suiza me detengo a visitar los santos lugares donde él solía pasear su perfil delicado, sus soñaciones sin rumbo y aquel afán perentorio de hacerse daño. El puente de Bergues que recorría de arriba abajo una noche de euforia, el risueño cementerio de Clarens donde hubiera querido reposar sus huesos, y las orillas donde el nuevo Narciso inclinaba el rostro desencajado hasta confundir el agua del manantial y sus lágrimas en la misma fluencia triste.

Me parece comprenderlo y quererlo mejor ahora que se ha quedado solo. Malos vientos soplan sobre su gloria póstuma. En pasados meses, cuando su infatigable y abnegado admirador, el señor Bouvier, a quien debemos tantas páginas ignoradas del "Diario íntimo", publicó los "Ensayos críticos" de Amiel, la crítica francesa se mostró incomprensiva, desatenta, y casi hostil con aquel olvidado silenciario. En realidad, nada más "inactual" que, el famoso "Journal intime". Pasarse la vida calándose el fondo del alma, ¿hay actitud más fuera de moda? En nuestra afanosa edad de novelas policíacas y "documentarios" de película parece un fantasma aquel hombre que no quiso vivir para mirarse vivir. Admitimos el perpetuo análisis de Marcel Proust que se instala como un comején en la aristocracia apolillada para reducirla paulatinamente a polvo dorado; nos pirramos por los psicólogos que se calzan las gafas de Freud para seguir en el substrato de cada cual las podridas bifurcaciones de la sensualidad, y nos seducen los complejos de Edipo y de Caín. ¡Pero un poeta enfermizo como Rodembach, que mire prolongado en los espejos el semblante de su perplejidad, un divagador como Enrique Federico Amiel que pretenda captar las irisaciones de la melancolía en su Lemán interno!... Cinco años de guerra despiadada nos han hecho volver a la Europa de Hobbes y de Shakespeare, donde los hombres eran lobos y escaseaba "the milk of human kindness". En la trasguerra brutal y presurosa ya no parece haber lugar para los místicos ni cabe imaginar entre sus ruinas una nueva encarnación del maestro perfecto.



Enrique Federico Amiel

Por *Hornung* (1852)

Un budista, un místico oriental reencarnado en Occidente, esto fué al envejecer—con eclipses y pausas—el extraño profesor de Ginebra y quizás sólo nosotros los semiespañoles, a fuer de nietos de árabes, es decir, orientales a medias, podemos comprender la inutilidad sublime de una vida que se consagra a meditar en la inanidad de vivir pidiendo a Dios el supremo letargo:

> Tú que puedes hacer la muerte vida,
> ¿por qué me tienes vivo en esta muerte?
> ¿Por qué me tienes muerto en esta vida?

parece decirnos cada día Amiel con versos de nuestro Fernando de Herrera y no sé de mejor epígrafe para el "Diario íntimo". Soliloquio y coloquio con Dios son sus páginas alternativamente plácidas y arremolinadas como un lago suizo. Ningún caso literario parece comparable al de este escritor decepcionado de su propio talento que con mortal y señera abulia se rehusaba a escribir para el público pergeñando para sí propio sus íntimas tristezas sin saber que debería la inmortalidad a tal exploración de su fuero interno en donde busca asilo toda la casta de Hamlet. Nunca creyó en su propio talento. "Mi combinación orgánica sólo fué mediocre". Dudó de sí como dudaba del mundo y a la manera del poeta francés fracasó su vida "por delicadeza".

Semejantes organizaciones suprasensibles parecen condenadas al fracaso. "En literatura—decía donosamente Jules Renard—sólo cuentan los bueyes. Los genios son los más gordos bueyes, los que trabajan sin fatigarse dieciocho horas diarias. La gloria es un esfuerzo constante". Es también una estrategia del éxito que encierra, como el arte militar, lecciones de impetuosa brutalidad. ¡Ay de los delicados que viven estremeciéndose al contacto de todas las rudezas del vivir! Nadie los comprende. Nunca en grado tan superlativo como hoy fué el mundo poco favorable a los poetas.

El caso de Amiel es más extravagante aún. Era poeta, pero sus rimas del "Penseroso" no captan nuestro interés. Sus facultades críticas, con ser tan sutiles y diversas como en sus magistrales estudios sobre la señora de Stael y Rousseau, no las ejercitó sino eventualmente. Jamás se decidió a escribir, como le aconsejaban sus amigos, unas "charlas del martes" que hubieran sido acaso el parangón de las "Charlas del lunes" de Sainte Beuve.

¿Estamos seguros de su éxito fulminante en esa disciplina? Si le sobraba al ginebrino la comprensión fraternal del ajeno propósito y de los dolores de todo parto espiritual, le hubieran hecho falta esa cruel imparcialidad, esa cizaña que crece tan fácilmente venenosa en el espíritu admirable y repugnante de Sainte Beuve. Digamos todo nuestro pensamiento. Crítico y poeta de probados timbres, nos hubiera interesado menos. Lo que cautiva al lector, con inocente sadismo tal vez, es que Amiel haya sangrado sin término, que cada noche al rezumar la errancia del día y castrar sus colmenas, la miel sea tan amarga como la de las abejas negras de nuestra selva. Cuando está solo, cuando libera su alma de los humanos compromisos ¡cómo se

clava el aguijón consuetudinario! Los otros pesimistas, como el rey Salomón, llegan tarde a esta madurez de la desesperanza. El aniquilamiento supremo que aconseja el "Libro de la Total Extinción" de Buda no fué ni puede ser obra de juventud. Schopenhauer es un viejo cascarrabias que nos enseña a ejemplo de los orientales la necesidad de matar el deseo en nosotros mismos para llegar al nirvana, la única ventura deseable. Otros tienen, además, un lupus en el rostro como nuestro decepcionado Remy de Gourmont...

En suma, fueron hombres inapetentes, saciados y reumáticos quienes cantaban en el decacordio y en el salterio su tardío renunciamiento a toda fruición del vivir—panal y beso—. Lo original aquí es la juventud arcangélica de este joven suizo, colmado de todas las excelencias del espíritu y las seducciones físicas.

Tiene dos rostros o dos máscaras. Sus amigos ven durante el día a un mozo risueño y exuberante, eximio mantenedor de paradojas y buen bebedor de cerveza en las posadas de tránsito. Sus más íntimos, como Sherer, se equivocan. Para ellos no cesa de ser un aficionado y alguna vez se duelen de que tan eximios dones queden frustrados. Porque no saben que el arte mayor de Amiel es la melancolía. Su lámpara nocturna refracta sobre el papel del íntimo cuaderno su semblante despavorido donde el mal metafísico y la pascalina enfermedad dejan otra vez su surco de lágrimas.

Hay hombres predestinados para quienes todo afán es inútil, todo pensar inane y toda actividad insensata si no están justificados por una aprobación infinita. Sin la Causa Primera, el universo les parece vacío. Para crear necesitan creer. En este giróvago fruir de las horas cuando Pascal sentía el hálito divino del abismo y se agarraba con ambas manos a su escritorio para no ceder al vértigo, Amiel, su hermano contemporáneo, requería también el puerto de Dios. Menos patéticamente, claro está, y sin el retiro de Port Royal. Mas no supo optar, sino sea a medias santo y hombre de la calle, místico y mundano. Siquiera el perfecto quietista y casi diríamos el santo profesional tienen, pese a desmayos y derrotas, la esperanza tonificante del éxtasis. Por un minuto de espiritual abundancia perdonan la insípida vida. Pero ¿qué recurso le queda a Amiel? Ni el convento (no lo hay para los protestantes) ni la carrera del falaz donjuanismo que nunca le tentó, ni siquiera la gloria literaria con sus jadeos de labranza. Este hombre filomélico no se hubiera resignado jamás a ser un excelente buey literario.

Lo patético de su caso incomparable es que nadie iba a diagnosticar mejor su propio daño, profetizando sus fracasos y su incapacidad de adaptarse al vivir común. Con frases del "Diario íntimo" podemos retratar a Amiel mejor que con explícitos comentarios. "Tengo la piel del corazón demasiado delgada", confiesa el 6 de abril de 1851, a los 30 años. Es Puck y Ariel, el espíritu puro desprovisto de esa necesaria ganga de egoísmo y de grosería, lote común de los hombres viables. Su prodigiosa facilidad para infiltrarse en ajenos sentires, proviene de esa simpatía universal que rebasa los lindes de lo humano. "He sido—observa él, no sin cierto sabroso humorismo—matemático, músico, erudito, monje, niño, madre, pero también he sido animal y planta". En una exquisita página sobre La Fontaine se quejará de que el ilustre fabulista no tenga mariposas en su colección de moralejas ni utilice a los animales desdeñados como el lagarto y el dromedario. "Combato siempre—añade con la clarividencia de Don Quijote—por los ausentes, por las causas vencidas, por la verdad desatendida". Los más débiles seres se sentían bien al lado suyo. "Por poco—agrega, y es aquí seráfica la sonrisa—los pájaros anidarían en mis barbas como en el birrete de los santos de catedral".

Hay en su caso—ni duda cabe—barruntos de santidad. En el celeste reparto de beneficios correspondióle una delicada porción de las almas consanguíneas de Buda y de San Francisco, que se parecen entre sí como el Oriente narcótico puede parecerse al plácido y activo Occidente de Umbría. Sin embargo, su reacción ante la vida es muy diferente a la del santo. La juventud de Amiel comenzó, no lo olvidemos, por la "codicia universal" de Fausto. No desdeñó precozmente ninguna ventura posible. Confiesa que lee cada año el libro de Goethe y aspiró desde temprano a los goces del mundo, una situación brillante, el amor compartido, los éxitos sociales, los triunfos literarios. "Llamo y aguardo al grande, al santo, al grave y recio amor que vive por todas sus fibras y por todas las potencias del alma", escribe en 1852. Hay grandes ímpetus de alegría o por lo menos de sedancia íntima en esta vida de profesor contemplativo para quien el mundo exterior existe como un reflejo del alma. Los paisajes de su Suiza natal los ha descrito incomparablemente. En Lancy escribe el 31 de octubre de 1852 su famosa frase truncada siempre "Cualquier paisaje es un estado de alma y quien lee en ambos se maravilla de encontrar la semejanza en cada detalle". ¿No se parece su espíritu tan luminoso y sedante a un paisaje alpestre? Si la gloria hubiera llamado a su puerta resueltamente, si Amiel hubiera hallado en su camino aquella "provisión celeste de mansedumbre y bondad" que él les atribuyó a las mujeres, tal vez habría quedado interrumpido en sus primeras páginas el "Diario íntimo". Quizás, en más favorable ambiente literario, pudo escribir con la irónica historia de sus fracasos, "La educación sentimental" de Flaubert o siquiera "El bachiller" de Jules Vallés. Pudo ser—quincuagenario—el orondo y famoso crítico que deviene el Sainte Beuve de "Las poesías de Joseph Delorme".

Es innegable, por supuesto, que la ingénita flaqueza de la voluntad agravó su caso desesperado. "Amar, soñar, sentir, aprender, comprender, lo puedo todo con tal de que me dispensen de querer", escribía más tarde en 1865. Pero ese mismo año, cuando lleva a cabo con extraña química sentimental el análisis de una lágrima, colegimos el cúmulo de diarias reticencias que le impiden ser feliz de veras: "Los deseos confusos, las secretas penas, las desazones, las resistencias sordas, los inefables pesares, las emociones que combatimos, las turbaciones escondidas, los terrores supersticiosos, los sufrimientos vagos, los inquietos presentimientos, las quimeras contrariadas, las magulladuras de nuestro ideal, las languideces que no pueden apaciguarse, las esperanzas vanas, la multitud de pequeños males insensibles que se acumulan lentamente en el escondrijo del corazón"—de todo ello se com-

pone, según Amiel, la gota infinita de una lágrima.

Con rimas en las puntas y más enfático dolor convertiríamos fácilmente aquella enumeración en un poema doliente de Rodembach, inventario minucioso de todas las posibilidades de sufrir que en este valle de lágrimas pueden tocarle a un hijo de mujer. Sólo que el "faustiano" deseo, el ímpetu de vivir mefistofélicamente no ha muerto y entre las puntas de la pluma suele escapársele un suspiro: "¡Ah, cuán terrible es la primavera para los solitarios!" La primavera trae consigo todos los anhelos de Fausto. Al releer, en diciembre de 1866, el viejo manuscrito de ese diario de nunca acabar, confiesa que sus páginas reflejan su ser imperfectamente y que muchas cosas suyas no se muestran allí, pues "la tristeza toma más fácilmente la pluma que la alegría". Es recordarnos que la alegría le visita también. Una fórmula suya que nunca he visto citada puede enterarnos de tales éxtasis que no conocieron Schopenhauer ni Leopardi. "Existir es bendecir", dice Amiel magníficamente. Y quizás nadie ha aguardado con más heroica paciencia la felicidad que pudo llegar y quizás nadie tuvo más aptitudes para ser feliz.

Su cavilación morosa parece más tarde la teorización de su mal y lo que los franceses llaman un "pis aller". "El filósofo—decía Amiel—es el hombre en ayunas en medio de la embriaguez universal". Indudablemente, él no hubiera pedido otra cosa que seguir embriagándose. ¿No era suyo el consejo de impregnarse de la belleza del mundo hasta que el alma fuera una "cantata" de los Alpes bajo el sol, la primavera resurrecta y una erupción de rosas? El menos misógino de los hombres quería, como centro de tal paisaje, un lindo rostro. Nunca abominó como Schopenhauer del animalito de cabellos largos e ideas cortas. La fealdad de las mujeres, dijo alguna vez, me choca como una disonancia, como un solecismo.

¡Ay, "la razón y el pensamiento se fatigan lo mismo que los músculos y los nervios"! Su postración final, su "languidez de la carne y del espíritu", última fase de su pasión terrestre, no reflejan la alegría del budista al adivinar que la Gran Rueda de la Ilusión va a dar la última vuelta, ni recuerdan jamás el gozo de Francisco al ver reproducidos en su carne moribunda los estigmas de Cristo. Este santo de cada día llega a la etapa final magullado y despeado como Don Quijote por mil andanzas sin fortuna. Cada año lee el poema inmortal que comienza con estas palabras resplandecientes: "En el principio era la acción". La acción, satánica palabra que le tienta como al doctor de Goethe. La acción es la palabra específica de Europa, su tentación de la cruz, su más alto esplendor renacentista, su do de pecho en el coro de los semiapáticos continentes. Leonardo, Don Quijote, Napoleón y el doctor Fausto gritan diversamente aquel sésamo para que las infinitas posibilidades del mundo se entreabran como la roca a su ansioso conjuro. (Los griegos, más sagaces, supieron que el hombre no puede aspirar a semidiós).

En este concierto de europeos voluntariosos una voz se me antoja más desgarrada y dolorosa como la del soldado herido que se queda atrás. Amiel pretendió asumir todas las disciplinas como Leonardo, defender a los desvalidos como nuestro caballero, aspirar a todas las glorias y mantener el cuerpo inmarcesible. "Lo puedo todo con tal que me dispensen de querer". Y el sublime fracasado que dejó en cierto modo los materiales para un tercer Fausto, el Fausto de la inacción desesperada y la vejez inadmisible, nos enternece en fin de cuentas como un Goethe que no hubiera tenido suerte.

Ventura García Calderón

París, 1932.

Sin querer

= *Envío del autor* =

El hongo fué paraguas de otros milenios. Siempre
del Balcón de Julieta se colgará Romeo.
Novedades antiguas trae tu advenimiento.
Para mi áspid romántico el óleo de tu cuento
se derrama en palabras amables, ya redichas:
amor, amor, amor, y sobre tus pupilas
de sueños anhelantes y esperas contradichas
el paisaje de aquí se dibuja cantando...
Pero escafandra simple recogerá tus dichas,
pero mi cablegrama se tiende en hilos luengos
y en el libro de ayer la Omega se dibuja
y en el de hoy amanecen metáforas extrañas,
las de los viajes largos y los regresos sabios.
No es mano casanóvica la que ahora te busca,
ni es luz de seducción que cae en tus pestañas,
ni es beso de deseo que te quema en los labios.
Flagélenme tus manos tacteando mis instintos,
óiganme tus palabras, devuélvanme tus ecos,
tracen en la inquietud de mis sueños distintos
cristales de otra edad tus sentimientos fieles.
Vístete de colores, entreteje laureles,
trae rosas mojadas y violetas humildes
y hunde en el surco cálido de tus presentimientos
el arado del odio para que al fin me olvides.

Te gustará el milagro de adoración. Tendida
para el Dios modernísimo tu temblor de oferente.
Allí dos copas blancas y róseas de la vida,
allí el surco del pecho y oscura y encendida
la flor de la paráfrasis, la pagana, la trémula.

Sobre el milagro antiguo, marfil duro mi frente
y altos los pensamientos, desligados y quietos,
como en reposo estáticos, como en dominio, inmóviles
en la escultura viva de alguna fija llama.

No mano casanóvica ni buscador tormento.
Pero ha de abrirse el libro de los periplos, pero
el trazo de las cosas floridas ha de hacerse
ya dócil para el paso del Uliseano dueño
y aún cuando la columna del humo figurado
le llame a sus añejas sencilleces, y aún cuando
Penélope entreteja la malla honrada y fuerte,
sobre el amor cantante, sobre el grifo simbólico,
sobre la roca dura, sobre el tritón sedeño,
sobre el lobo del mar veloz y dominado,
sobre el coral flotante, sobre el marino banco
y sobre el remolino hundido de la Muerte
bufeos del recuerdo, sin naufragio, volantes,
han de surgir, volviendo sobre irisadas olas,
música del periplo, sin extinción, sin término,
como el tímpano intacto que hay en las caracolas...

El hongo fué paraguas de otros milenios. Siempre
del balcón de Julieta se colgará Romeo.
Novedades antiguas trae tu advenimiento.
Acidez otoñada probé de tu setiembre.
Hay resolanas íntimas en tu amistoso viento.

Búscame en el misterio que no encuentro en mí mismo.
Hunde tus manos solas en mi multanimismo.
Escóndete y olvídame, hundiéndote en mi abismo!

Augusto Arias

Quito, Ecuador. 1933.

Este poema corresponde al próximo libro *Viaje* de nuestro amigo del Ecuador, del cual se publicará, en este mismo año, una reconstrucción biográfica de Francisco Javier Eugenio Espejo, Precursor de la Independencia de América y múltiple personalidad del siglo XVIII cuyos escritos de vario asunto se han publicado en cuatro gruesos volúmenes.

Crónica de un viaje aéreo a México

= *Envío del autor.* San José, C. R. =

1.—Rumbo a México

Aun sentimos que nos tocan las nubes más lejanas y que arrancamos con las manos la nieve de las más altas cumbres. El alma está aún trémula del vuelo majestuoso hacia México, en el que nos elevamos hasta diecisiete mil pies. Hubo momento en que navegábamos como fuera del mundo: abajo la lluvia, abajo los arco iris como si fueran escalas por donde podíamos bajar... A nuestro alrededor nubes blancas, blanquísimas, espesas. Nos parecía que navegábamos sobre el polo. Era un vuelo seguido, de tres horas y media sin aterrizar, de Tapachula a Veracruz. Cuando logramos ver en un claro la tierra pensamos que así debe de verse desde la luna... Sólo Dios había puesto los ojos allí, donde ahora los hombres vuelan sobrecogidos de emoción.

El espectáculo del vuelo es bello, enorme, desde que se levanta el avión en San José. Poco después de haber salido se domina el hermoso valle central, se ven todos nuestros cantones, atados por la sierpe de la carretera Cartago-Naranjo, y toda la meseta es un huerto, que revela el esfuerzo del tico por cultivar la tierra. Esto, sin embargo, desaparece sobre la provincia de Alajuela; de allí al norte, hasta Nicaragua, es casi todo selva virgen, selva extendida hacia el Atlántico, infinitamente. Sobre la selva vése un cono enorme imponente, bello, cubierto de vegetación ¡Es el volcán Miravalles! Lindos valles mira de veras, y nosotros lo pasamos por encima, y vemos desde sus 1730 metros que la tierra nuestra se aleja, y el río Tempisque es apenas un hilo... Hemos entrado ya, en pocos minutos, en tierra nicaragüense. Ya la nave aérea nos hizo ver de lejos el mar Pacífico; ahora nos hace pasar sobre los enormes y bellos lagos de Nicaragua. Abajo vemos el agua rizada por la brisa como si fuera felpa finísima y apretada. Allí no más se destacan el Ometepe y el Madera, los montes gemelos, y al pasarlos, vemos a sus pies como un escabel suyo, la extensión toda del lago, el istmo estrecho que lo separa del Pacífico y el anfiteatro de alturas que se extiende sobre la mitad del horizonte. Llevamos más de 40 minutos sobre las aguas del lago. Vacila el avión cuando pasa las nubes y nos entra el recelo de aquel campo imposible para un aterrizaje. Pensamos en Lindbergh que navegó tantas horas sobre el Atlántico y volvemos a ver los tres potentes motores y nos reprochamos el recelo.

El avión va rápido, trémulo de altura, mientras su sombra se proyecta pequeñita sobre el terso cristal del lago.

Pronto tenemos la sorprendente visión del Momotombo; el piloto se da cuenta de que nos interesa conocer bien cada maravilla de la tierra y vira en torno del cono pelado, color de llama, cuya base forma península sobre el lago de Managua. Nos asomamos a su bocaza infernal y sentimos vértigo, como si nos atrajera su abismo. Recordamos que Víctor Hugo cantó su testa calva y sentimos que nuestra pobre musa tiene las alas mútilas de espanto! Los historiadores refieren que nunca regresaron las misiones que, conforme la costumbre antigua, subieron a bendecir el Momotombo y fueron a plantar en lo alto la cruz para conjurar las llamas del cráter.

A poca distancia, entre el Momotombo y el Chiltepeque, está el Momotombito, en pleno lago de Managua, formando una isla cónica llena de vegetación. Alcanzamos hacia el oeste a ver el famoso Cosigüina, y casi estamos complacidos de no haber pasado sobre "su cráter coronado de almenas".

Después de tanta majestad de panorama y de tanta emoción de la altura, ya hemos ganado un descenso: el trimotor baja poco a poco, y ya estamos con los pies en el suelo mismo que meció la cuna de Darío.

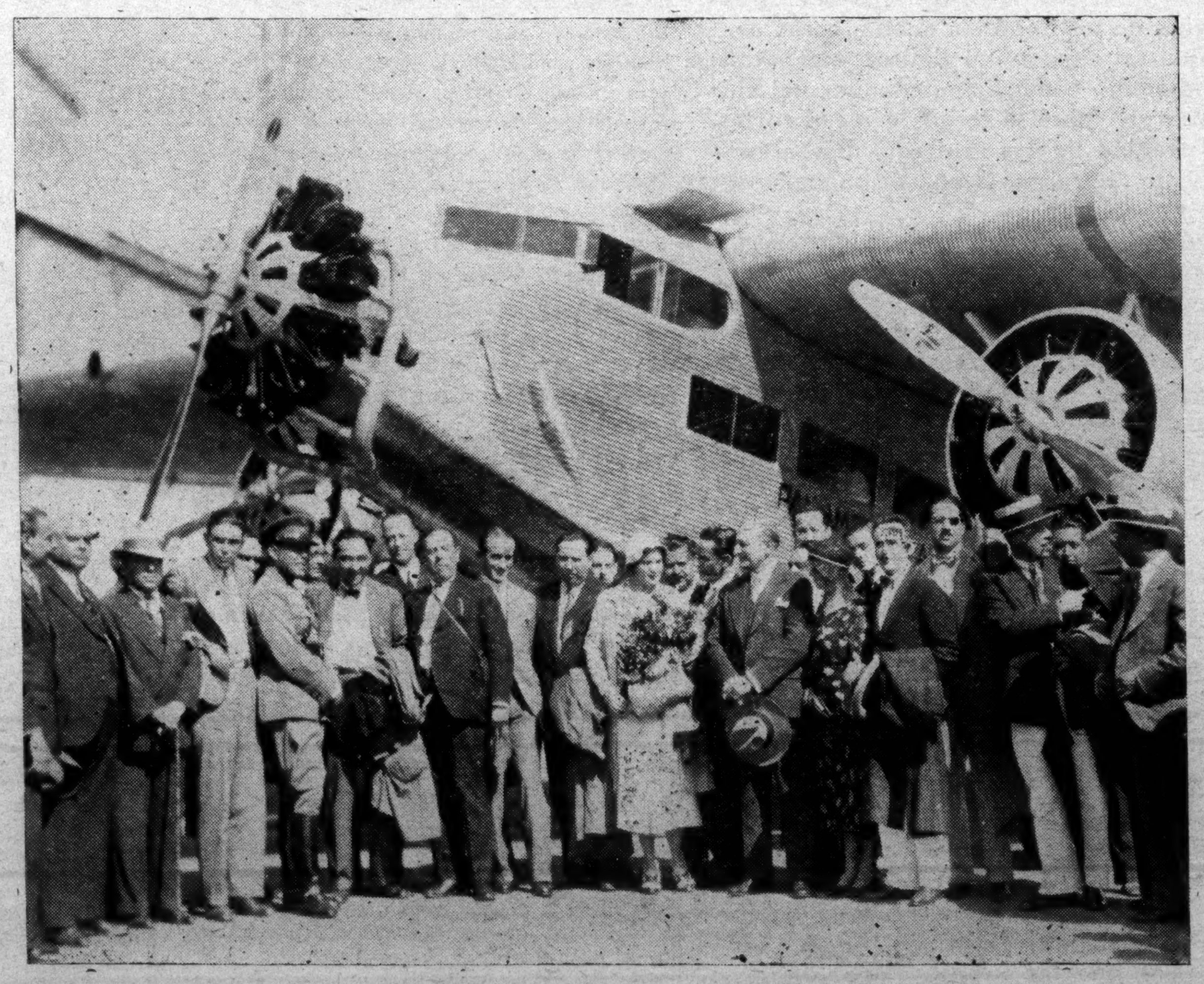
Allí se inicia esta serie de agasajos y de acogidas cordiales que no nos abandonaron un momento. En el aéreo-puerto de Managua nos esperaban varios amigos: entre ellos nuestro recordado Leonardo Montalbán, ex-director del "Diario de Costa Rica", don Isidro J. Olivares y varios periodistas. Mientras el avión se provee de gas y aceite, nosotros salimos en auto a conocer la ciudad. Habrá que escribir aparte la elegía de la ciudad en ruinas, destruída por el incendio, y habrá que contar aparte la epopeya de sus hombres. Entramos con Montalbán a su diario "La Nación", conocemos algunos hombres de letras, vemos sobre la loma de Tiscapa la nueva casa presidencial, pasamos frente al Parque Darío; y volvemos al pájaro enorme que nos espera para seguir el vuelo hacia el norte. Poco después entramos a tierra hondureña, y de lo alto, al ver la enorme extensión suamposa, nos queremos sentir más lejos de la tierra, como cantó Julio Flores para Silva. Un compañero advierte que en caso de aterrizar forzosamente allí, moriríamos como ranas.

Desciende en San Lorenzo el velívolo, hacemos corta espera, y de nuevo se eleva, para darnos el mirajo precioso del campo salvadoreño. Es ahora el volcán San Miguel sobre cuya cima damos vuelta, casi tocándolo. Seco, enrojecido, humeante, se diría la pipa del diablo.

Es éste uno de los pitones más elevados de El Salvador (2.150 metros). Su aislamiento, la magnitud de su base, lo abrupto de sus pendientes, y la limpia truncadura de su cono superior, hacen de él un monte singular. Alrededor se extienden los valles del Lempa, y más allá la bahía de Fonseca, el mar. El cráter tiene tres kilómetros de circunferencia; en el contorno del monte se ven las huellas rojas de lava, como sierpes oscuras que se retorcieran hacia la cumbre... A poco saludamos al viejo y apagado San Vicente, al este del lago Ilopango, y mientras nos recreamos con la vista del valle, se ven hasta siete ciudades, de aspecto bello, risueño, como si formaran un solo jardín. En tanto admiramos como se cultiva la tierra en El Salvador, la gigantesca nave con sus bajonazos graduales nos anuncia que vamos descendiendo a tierra salvadoreña.

Allí nos esperaban amigos queridos a quienes nunca habíamos saludado personalmente; pero con quienes habíamos convivido horas literarias; Ochoa Alcántara, Julio Enrique Avila, Llerena ¡y tántos! Mi esposa y yo llevábamos unas flores costarricenses para dejarlas sobre la tumba del maestro don Alberto Masferrer, y ése fué nuestro primer acto, en compañía de aquellos amigos acogedores; fuimos allá, al cementerio, pusimos sobre la tierra, removida aún, las flores y dijimos pocas palabras en recuerdo de aquel salvadoreño a quien hemos amado tánto!

La ciudad de San Salvador da la impresión de estar más adelantada que San José, no sólo por sus calles y carreteras totalmente pavimentadas, sino por su vida en general. Los periodistas nos aco-



El grabado muestra el momento en que acaban de aterrizar los costarricenses en México; con ellos aparecen algunas de las numerosas personas que fueron a recibirlos al campo de aterrizaje.

gieron con gran simpatía y así, estuvimos una tarde inolvidable en la capital Cuzcatleca. Nuestro compatriota don Aquileo Calvo nos obsequió con una comida; en ella estuvo la graciosa María Teresa Montoya; y todos los compatriotas deseaban agasajarnos de alguna manera. Tuve allí la oportunidad de conocer a Gavidia, el maestro severo y fuerte que vive frente a su volcán "San Salvador" y que como él, tiene en llamas la mente y florece en constante primavera.

A la 3 de la madrugada nos despierta el teléfono en el Hotel "Nuevo Mundo". Hay que volver al avión. Alguno de nuestros compañeros no tuvo el trabajo de levantarse a esa hora porque no se había acostado.—Para llegar al hangar recorrimos en auto una carretera pintoresca, por espacio de 45 minutos o más. Por todo el camino se veían puntos de luz; eran los indios, ya a pie cargando sobre los hombros, ya guiando sus bueyes, que anunciaban así su presencia por el peligro del tráfico.

En la mañana del 11 de setiembre íbamos camino a Guatemala. En el trecho, admiramos la provincia de Santana y nos deleitamos con el panorama de 15 distintas ciudades regadas sobre el suelo salvadoreño. Una hora de vuelo y estamos en La Aurora, el campo de aterrizaje a poca distancia de la capital guatemalteca. Allí esperamos poco tiempo, y volvemos al vuelo. ¡Espectáculo maravilloso nos esperaba aquí! El avión pasa en medio de los volcanes "Agua" y "Fuego" y casi los roza con las alas (4.000 metros de altura!)

Pasamos cerca del lago Atitlán donde a su vera se yergue la pirámide del Santa María.

¡Ya estamos sobre tierra mexicana! El cónsul señor Suárez nos lo anuncia y nos lo ratifica el río Suchiate, que es límite entre los dos países y que se ve serpear en una grande extensión de su curso. Todos lanzamos un ¡viva México! mientras el avión, indolente, seguro de sí, empieza a subir la Sierra Madre y dura dos horas en su tramonto abismal.

Descendemos en Tapachula, la primera ciudad mexicana. Ya estamos tocando la tierra de Cuauhtemoc, y ya aquí, empezamos a recibir atenciones de sus hijos. Una comisión de tres militares pregunta por el coronel Lizano y se pone a sus órdenes y nos saluda. El director del periódico "Chiapas" se dirige a nosotros y nos da la bienvenida en frases cordiales. Están informados por los diarios capitalinos de nuestro viaje y han venido a rendirnos homenajes de simpatía. Se revisan allí nuestros papeles y se nos concede la gracia de no abrir las valijas. Media hora después estamos iniciando el vuelo más intenso que hemos tenido en todo el viaje: 3 horas y media de vuelo seguido. Sobre las altas serranías de México vamos de Tapachula directamente a Veracruz. La tempestad obliga a elevarse sobre ella misma y estamos navegando en un mar de nubes que parecen témpanos y que a veces toman figuras de animales polares. ¡Nubes y nubes y nubes blancas en toda la extensión infinita: Abajo el Arco iris, el mundo! Arriba Dios. La mente se llena de ideas fantásticas. El espíritu siente que se le abren nuevos horizontes. Palpita el gran canto que hemos de hacer en holocausto a la aviación, que tal espectáculo da al hombre. Por fin, se arralan las nubes y desde 17.000 pies se ve la tierra apenas, como de la luna... Hemos pasado dos veces sobre el arco-iris ¡y nosotros que los habíamos visto desde la tierra tan infinitamente altos! Desciende poco a poco de esa fatigosa altura el enorme pájaro que nos lleva y ya bajamos a Tejería, en Veracruz. Nos volvemos a ver los viajeros, como asombrados de estar juntos todavía, y recónditamente hay en todos los corazones una oración de gracias!

Una delegación militar especial tiene instrucciones de presentarnos su saludo en Tejería. Preguntan por nosotros, y vamos ya sorprendiéndonos de que se nos conceda tal fineza. La estación aérea aquí es una de las mejores que hemos visto; hay un buen restaurant y se nos sirve profusamente. Debemos poner al margen una nota justa de reconocimiento por el buen servicio de la Pan American Airways que durante la travesía y en todos los lugares donde bajamos, está presente la compañía para hacer más agradable el viaje.

Un oficial de la Pan American toma la primera foto del grupo: nuestro **Chico Jiménez** ha venido cargando su máquina de cine, pero no ha sido posible que funcione. Nos ponemos en fila cerca del ala del avión, orgullosos de haber resistido con jovialidad semejante vuelo; y la kodak fija la sabrosa risa de Ulate y de Teodosio Castro, dibuja la sonrisa Donjuanesca de Chico Jiménez, recoge la gracia de Luis Azuola y el aire marcial del coronel Lizano, mientras el cónsul señor Suárez, mi esposa y yo, hacemos pose como para la posteridad...

¡Y arriba otra vez! Hemos volado del 10 al 11 de setiembre 10 horas. Sólo nos faltan 2, en la última etapa del viaje: de Veracruz a Ciudad de México. Ya sentimos que tenemos alas en el alma, ya no hay vértigo de la altura, ya no hay temor! Tenemos familiaridad con el vacío! ¡Somos nosotros mismos el aeroplano!

¡Ese es el valle de Orizaba!, rico, fértil, enorme. Ese es el valle de México... Parcelas bien delimitadas, con sistemas de riegos, todas cultivadas. Allá una población ganadera; más allá pozos de petróleo. El ferrocarril, como de portal, va atravesando las llanuras. Apenas se nota el humo de la chimenea. ¡20 ciudades se dominan en el valle!

Ese es el picacho del Orizaba, nos dice el señor Suárez, y vemos a nuestro lado el majestuoso Cono. ¡5.700 metros de altitud! Y poco después ¡el Popocatepel!, el gigantesco, el nevado monte inaccesible! Y a poco, el Ixtaccihuatl! (La mujer dormida). El avión pasa rozando casi el peplo de nieve de aquella figura de mujer y nosotros nos sobrecogemos de emoción, de una emoción hasta entonces desconocida, de grandeza, de belleza desmesurada, de belleza sobrenatural, casi de pavor; nos parece que se nos está concediendo como precio de la muerte que podemos tener lo último que teníamos que ver en el mundo. La belleza imponderable de este espectáculo nos anonada. Quedamos todos en silencio.

Y por fin: ¡vean! dice uno de todos, es la ciudad de México. Ya llegamos! y al momento, comienza a descender el trimotor y cae suavemente... frente a un grupo numeroso de amigos, de compatriotas, de delegaciones oficiales, de periodistas que nos saludaban alzando sus pañuelos o sus sombreros.

Ramos de flores para la señora viajera, voces de cariño para todos; quince fotógrafos atisbando en círculo nuestra actitud, garrulería de saludos, abrazos, homenaje inesperado de un recibimiento inolvidable! Allí entre los amigos mexicanos estaban: entre los primeros, nuestro querido ministro señor Médiz Bolio, el aviador Mayor Vieytes que trajo a San José el aeroplano obsequiado por México, y el recordado don Juan Estrada, que fué Encargado de Negocios aquí durante mucho tiempo, gran amigo de Ulate y de Lizano, gran amador de Costa Rica. Desde aquel momento, se diría que Aladino nos pasó su lámpara maravillosa. Nos hospedamos en el mejor hotel de la ciudad, el Regis, edificio precioso de siete pisos, en la avenida Juárez. Unas horas no más y todo México sabía de nuestra llegada: las distintas fotografías tomadas al aterrizar, ocupaban la primera página de los diarios y revistas de la capital.

2.—*En la ciudad de México*

La misma tarde de nuestra llegada, vamos al bosque de Chapultepec. El auto nuestro va entre cuatro hileras de vehículos, por la Avenida de la Reforma. A cada lado vamos admirando numerosas estatuas, hermosos jarrones y preciosa vegetación. Hay que decirlo ya: México tiene especial cariño por los árboles, en sus principales avenidas están alzando su fronda propicia y se advierte el esmero con que los cuidan. Tal preocupación pone una nota más de nobleza en el carácter mexicano y hace más bellas sus ciudades.

La Avenida de la Reforma, amplia, rica, se abre en círculo al llegar a la hermosa estatua ecuestre de Carlos IV, la primera que se hizo en bronce en América y tenida como la segunda, en su género, en el mundo. Poco después pasamos el monumento a Colón, que alza su diestra sobre cuatro frailes y sostiene con la otra mano una esfera armilar. Luego vemos la estatua de Cuauhtémoc, el héroe por excelencia. Es necesario detenerse. Bajamos del auto a admirar esta obra de arte—para nosotros uno de los más bellos de cuantos monumentos vimos. En los bajo-relieves del plinto están las escenas del tormento que sufrió Cuauhtémoc en la hoguera, de donde surgió la frase-símbolo que ha recorrido el mundo. La columna de la Independencia abre un círculo en la Avenida; allí se guardan los restos de los héroes principales que realizaron la independencia: Hidalgo, Morelos, Bravo, Mina... No puede juzgarse este hermoso monumento por sus detalles: es necesario verlo en su conjunto y admirar su expresión imponente. Otros apuntarán fallas de arquitectura, advirtiendo contrastes o anacronismos... Nosotros hemos sentido allí la majestad del culto a los héroes mexicanos y nos hemos llenado de unción frente a la hornacina sacra que guarda los cráneos de Hidalgo y de Morelos.

Al final de esta avenida empezamos a ver el bosque, y en algunas curvas vése el Castillo de Chapultepec en lo alto. Pasamos el puente que arraiga en las riberas de un lago. Cisnes. Góndolas. A la orilla de la calzada, kioscos, fuentes, alegría. Hay espacio para autos, para jinetes, para peatones. En el centro de este campo paradisíaco los aztecas veneraban a sus dioses. Vamos por la **Calzada del Rey**... El rumor del bosque hace eco en las palabras de amor que vuelan del idilio que está cerca.

Allá está la **Calzada de los filósofos**, de los poetas... Debe haber una de los suicidas—pregunto yo, porque este paraje es propicio al amor y a la muerte. No, me dice el poeta y gran amigo Médiz Bolio: no hay una calzada para los suicidas porque los enamorados, o los locos, se suicidan aquí en cualquiera de todas. Y en efecto, nos refieren que con la aurora, a menudo se ven sobre los bancos, o en el césped, cuerpos tendidos de hombres o de mujeres, con un libro de versos en la mano...

Ir con Médiz Bolio o con Vieytes es llevar llave de oro: se nos abre el Castillo, residencia hasta hace poco de Presidentes, y antes de Emperadores y Virreyes... Estos tapices de seda y estos muebles y este clavicordio fueron los mismos que usó la Emperatriz Carlota... nos dicen. Estos gobelinos de la época: Señoritos de gorguera y jubón jugando al bolero, o al tennis de entonces, se destacan como en relieve sobre el fondo oscuro purísimo. Esta es la cama, éste el dosel, el regio tocador, la mesita del tresillo...

Aquí el baño que fué de la Emperatriz. El pavimento—de azulejos—siente la nostalgia de aque-

llos menudos pies de mármol o de jade que salían húmedos de la regia alberca...

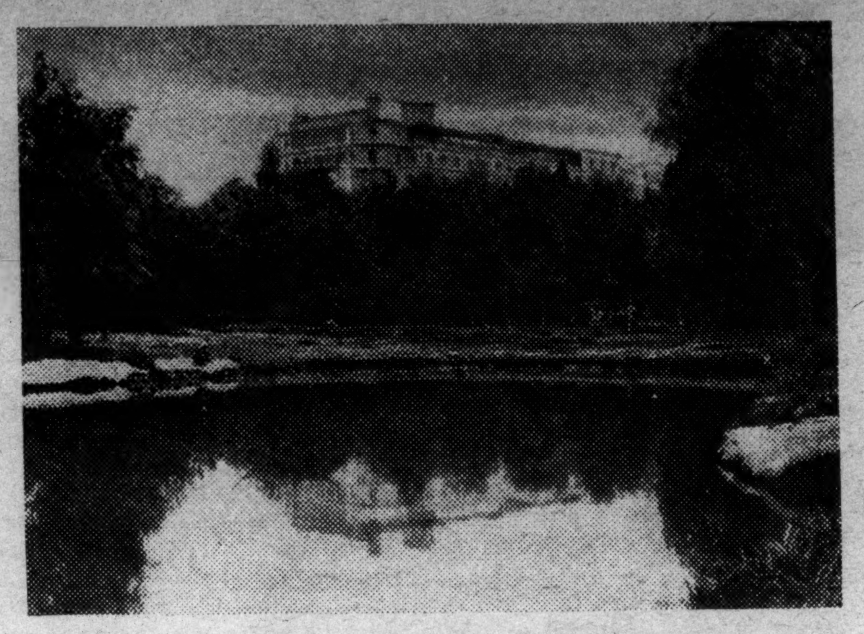
Acaso importe aquí recoger un detalle de esta bella mujer, ya que es ella un momento de los más intensos en la historia de México. Carlota fué hija de Leopoldo I de Bélgica y casó a los 17 años. El Archiduque Maximiliano su esposo, le ofrece un trono, y salen para México y se ciñen la corona de los Emperadores. Pero voló el águila azteca desde la cumbre del Popocatépetl, y el trono rodó entre los tambores y cañones, roto. Mientras se rendía Maximiliano en Querétaro, Carlota embarcó para Europa. Pidió auxilio a Napoleón III, al Papa; y sin saber el fin trágico de su esposo, la locura apagó su mente. "No pudo la tierna Emperatriz ver el cadáver del Archiduque en el convento de las capuchinas, no lo miró por última vez con la levita negra y el chaleco de ancha solapa. No supo que su prima, la princesa, se abrazó llorando a las piernas de Benito Juárez pidiendo clemencia". Ignoró siempre que llegaron a Europa los restos de su amado, y así, turbada la mente, fué recluída en un castillo señorial de Bruselas y desde sus almenas se dice que esperaba todas las mañanas y todas las tardes que pasara a recogerla la carroza imperial de Maximiliano!...

Al salir del Castillo, hay en todos nosotros un sentimiento de quietud, de tranquilo gozo, de evocación dulce; hemos aprendido una lección más de historia, sobre los mismos elementos que la inspiraron.

Y nos internamos de nuevo en el bosque. Ahora vemos algo que no habíamos visto: la Glorieta de Don Quijote, copia de la de Sevilla: es toda la obra del Quijote pintada en azulejos; desde la portada del libro inmortal, pasan en orden todas las escenas del Caballero de la Triste Figura, hasta su muerte. La obsequió Sevilla a México.—Al salir del Bosque hallamos justa la frase que habíamos oído: que nada tiene que envidiar al de París.

———

A las 9 de la noche debíamos estar en el "Teatro Esperanza Iris"; y como a esa hora aun no habíamos podido sentarnos a la mesa resolvimos irnos sin comer. Sólo protestaba de tal decisión el compañero Ulate—gastrónomo incorregible—y le hacía eco inteligente Luis Azuola que tiene buen apetito a toda hora. No valió la protesta, y a las nueve y cuarto estábamos en palco de presidencia, invitados por el señor Médiz Bolio y su señora doña Lucrecia, que desde ese momento juntó su gentileza con la de su esposo para colmarnos de atenciones. México tiene también el "Teatro Virginia Fábregas"; pero no tiene sólo la gracia de haber podido procurar que sus artistas tengan tan suntuosos edificios; es que tiene algo más, que vale por todas las riquezas materiales: tiene teatro en el espíritu de su pueblo, tiene actores como ese genial Soto que aplaudimos allí. Y tiene escritores y poetas que vacian el alma de México para la escena; y tiene público, público constante, que aplaude lo propio y goza infinitamente con el teatro de su vida, con la representación de sus glorias o de sus penas. **Gran pueblo es aquél**—decía el pensador francés—**que hace "su" teatro y es a la vez su público; ese pueblo se perpetuará en la Historia porque sabe expresarse.**



Vése en lo alto el Castillo de Chapultepec. Abajo el precioso lago...

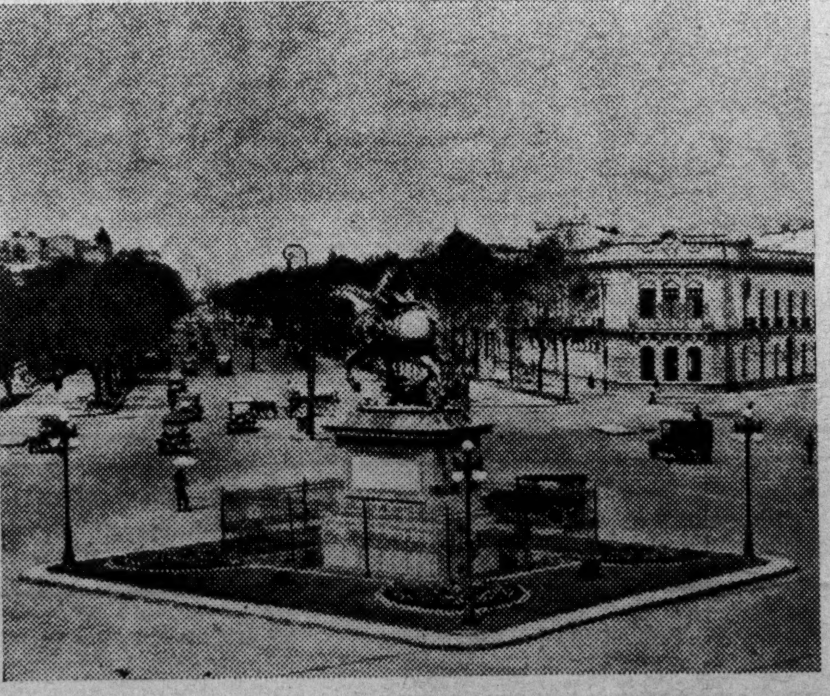
Presenciamos varias representaciones; todas podrían llamarse: "El alma de México"; todas tenían la orientación de algún motivo regional, o estimulaban al indio que trabaja, o censuraban al gamonal grosero o al Gobierno indolente. Teatro educativo que va despertando al pueblo y le va dando una antorcha de liberación!

———

Al día siguiente hicimos visitas oficiales. El General don Abelardo Rodríguez, Presidente de la República, nos recibió con su habitual cortesía. Es hombre de apenas 42 años, sobrio, callado, distinguido; da la impresión de tener impulso para realizar cualquier obra, por ingente que sea. Se lee en su semblante la decisión de su voluntad, la firmeza de su carácter. Sencillo, sin alarde alguno, nos pareció un justo representantivo de aquella democracia. El Coronel Lizano, nuestro compañero, le da verbalmente un mensaje cordial del Presidente de Costa Rica, y el ciudadano General Rodríguez retorna el saludo y dice alguna frase de elogio para nuestro país.

Vamos ahora camino del Ministerio de Relaciones, al Palacio de Relaciones debemos decir, porque luego iremos a los otros palacios donde están los otros ministerios. Cada Secretaría de Estado tiene el suyo y cada uno es mejor que el otro. Con razón es llamada México la Ciudad de los Palacios como la designó en 1802 el Barón de Humboldt.

El señor Téllez, Ministro de Relaciones, nos atiende con la discreción y fineza suyas. Un fotógrafo de la prensa pide permiso para tomar con él un grupo. El señor Ministro, acostumbrado a estos ajetreos—acaba de servir la Embajada en Washington — posa con nosotros. En el mismo edificio tiene su departamento el Jefe de Consulados. Nos lo presenta don Ignacio Suárez, Cónsul de México en Costa Rica, nuestro compañero de viaje, y al saludarlo hacemos presente nuestra gratitud al querido compañero por la feliz oportunidad que nos ha dado para visitar esa hermosa ciudad.



En primer término, la estatua ecuestre de Carlos IV, la primera que se hizo en bronce en América...

De allí a Guerra. Un cuarto de hora por lo menos en auto dista de Relaciones. Estamos frente al General Quiroga: parece el guerrero por antonomasia: recio, estoico, de muy pocas palabras, la mirada severa. Nos dice sin embargo, el señor Suárez quien estuvo a su servicio en campaña, que el General Quiroga es de blando corazón, jefe generoso y bravo a la vez. Y tal nos pareció de veras cuando el señor Suárez, y él se dieron un abrazo emocionado.

Luego vamos a Educación. Ya el día anterior habíamos sido presentados al Subsecretario señor Padilla Nervo y él mismo fué quien nos recibió. A él hicimos entrega de un mensaje que llevábamos, de nuestro Ministro de Educación el Lic. don Teodoro Picado. La Secretaría de Educación está en un amplio edificio cuyas tres galerías lucen un arte moderno. Vasconcelos lo inspiró y Vasconcelos hizo poner en sus muros esa maravilla de arte de los frescos de Diego Rivera.

Así como nos quedamos absortos ante la inmensidad del vacío, a cinco o seis mil metros de altura, nos hemos quedado ahora ante esta obra del genio mexicano: es la historia total—vista con su ojo de cíclope—de la Revolución. La historia y la significación de la revolución que allí fué hoguera que borró mucho prejuicio y es lámpara que alumbra todavía el camino.

Con sólo ver estos cuadros murales, pintados en toda la extensión de las tres galerías de los patios de Educación, ya se ha dado uno cuenta del vigor de este pueblo. El procedimiento, es original, fuerte, único; y la intención, de inspiración suprema.

Como Dante Alighieri metió en el infierno a sus enemigos, o a los depravados, el genio de Diego Rivera ha inmortalizado en actitudes expresivas a los hombres de su época; y tiene tal valor su obra, tal independencia hay en lo que crea que allí fustiga, allí extermina aún a muchos de los mismos que están en el Gobierno que le encargara estos cuadros. Allí los vicios de su hora, puestos como un Inri sobre las frentes de quienes los alimentaron.

Habrá que separar de esta crónica apresurada el comentario de tal obra para darle la amplitud que merece.

Los últimos frescos que ha pintado Diego Rivera están en el muro frontal del Palacio de Gobierno, hacia la entrada. Es un resumen de la historia de México, desde la época precolombina. Allí figuras aguerridas de aztecas invencibles; allí Hernán Cortés y otros

grandes capitanes de la Conquista; allí las figuras de los héroes que realizaron la Independencia y allí todos sus varones de ayer y de hoy, Díaz, Carranza, Zapata, Madero, Obregón, Calles, Vasconcelos... Son retratos, entre alegorías y símbolos.

Ante estos frescos de Diego Rivera se siente uno realmente ante una obra deslumbrante, imponente de belleza.

———

Las invitaciones se suceden. Los agasajos se multiplican. El señor Médiz Bolio, el Mayor Vieytes, el Cónsul señor Suárez toman como por obligación la tarea de guiarnos para conocer lo más bello, lo más útil, dentro del corto plazo con que contamos. Con ellos fuimos a la Villa de los Remedios, donde se celebraba una fiesta regional; allí conocimos el "pulque", que se bebe en guacales y que es una chicha **popular** y probamos el **mezcal** y el **tequila**, licores aromosos obtenidos del maguey...

A Cuernavaca fuimos invitados expresamente por Juan de Dios Bojórquez, que vive como un Príncipe, pero Príncipe de México: en una quinta preciosa donde gorjean sus cinco hijitos; donde Nini es una Reina joven... y donde se alberga a poetas, músicos y pintores bohemios... Un Mecenas.

Ya escribiremos el capítulo separado que se llamará **Bojórquez**. Tuve la impresión de que será un día Presidente de México.

En Cuernavaca estuvimos en la casa que fue de Hernán Cortés y nos asomamos a la misma arcada desde donde él miraba su inextinguible poderío... Se diría que al estar en Cuernavaca visitamos una ciudad colonial, pintorescamente colonial.

Hemos de complacernos un día en escribir con detalle la página que reclama el México Colonial, aunque sea de la pequeña porción que conocimos: edificios como los que vimos en la plaza de Santo Domingo que datan del siglo XVII y que están íntimamente ligados con la historia de la capital; el Palacio de Gobierno que es una de las joyas arquitectónicas de la ciudad; la Escuela de Medicina que en otros tiempos fué asiento del Tribunal del Santo Oficio; el Palacio de Minería construído en 1797; la bella Catedral de México, la más grande en América, cuya construcción fué terminada en 1667. Sus torres majestuosas tienen 62 metros de altura. El interior es de orden dórico y está formado de cinco naves ocupadas por 14 capillas. Su decorado es valiosísimo y no podrá enmarcarse en el comentario de esta crónica... No podrá enmarcarse tampoco aquí la profunda impresión que nos causó el **Convento de Churubusco**, construido por los monjes franciscanos en el año 1678. Pasando por sus corredores llenos de silencio sentimos una ablución mística de siglos. Los patios interiores con su arquería florecida aún; sus imágenes; los barandales del coro donde abría sus enormes alas el libro de cantos latinos; las celdas donde recogían su vida aquellos hombres deíficos, que apenas daban una salida al mundo como para recibir el sol...; los azulejos policromados de la cúpula, todo aquello nos ponía en el alma un recogimiento sagrado a la vez que inmensa admiración por la fuerza y el empeño indomables de estos hombres de la Conquista...



La Avenida de La Reforma se abre en círculo al llegar a la Columna de la Independencia.

———

Teotihuacán nos reveló el misterio de una civilización de hace 5 mil años! Queda a hora y media de la ciudad y es allí donde están las famosas pirámides del Sol y de la Luna. Recorrimos la **Ciudadela**, que es la Pompeya mexicana. Así debió haber sido el antiguo Egipto. Un silencio de siglos nos invade el ánimo.

Hace apenas quince años fué descubierto este resto de la civilización tolteca. Surgió a ras de la tierra esto que fué santuario y vivienda de Sacerdotes, como surgió un día la Grecia antigua, al golpe del arado.

La Pirámide del Sol tiene 92 metros de altura; al proviso no podemos calcular su base. Tiene gradería para llegar a la cumbre. El compañero señor Azuola y yo la subimos, no sin gran fatiga; pero desde su cumbre se domina la Ciudadela y siente uno deseos de arrodillarse para orar al Sol.

La pirámide de la Luna no es tan alta; pero tiene la belleza de lo que representa.

Ante estos monumentos nos preguntamos cuántos años duraron construyéndolos. Los arqueólogos aseguran que estas pirámides tienen semejanza con las de Egipto, y el origen de su estructura es mitológico.

Como obra arquitectural, de solidez y de elegancia, se admira en la Ciudadela el Templo de Quetzalcuatl, dentro de un muro de diez metros de alto, en una extensión tal vez de mil metros en cuadro. Todo está recubierto de símbolos y alegorías de piedra, y a veces hay esmaltes de color rojo o azul.

Cuando de regreso alcanzamos a ver por última vez la pirámide del Sol y el altar de Quetzalcuatl —que fué el héroe de las tradiciones toltecas—les volvemos a agradecer a los señores Brom, Secretario de la Legación de México en Costa Rica y al Cónsul señor Suárez, la iniciativa que tuvieron para hacer fácil y rápido un viaje a aquella nación, porque ya no sólo teníamos el deleite del viajero, ni sólo gozábamos orgullosamente al ver una nación hermana tan fuerte, sino que, además, sentíamos que un nuevo horizonte de cultura se abría en nuestro espíritu. Y tanto ha sido así, que el que escribe tiene el propósito de ir allá, no ya como excursionista que ha de volver pronto, sino como estudiante, para ver y anotar con reposo, para sentir tanta noble palpitación humana como hay en México y traerlo todo a mi patria y enseñarlo a los jóvenes para que sientan aquel impulso y admiren aquel pueblo.

———

Xochimilco es la Venecia mexicana. Fuimos dos veces. La segunda vez invitados por el General Chazaro. Es algo que merece al par que una crónica amplia un canto de axaltación por su belleza.

Va uno embarcado por entre canales innumerables. A los lados se ven sólo jardines y huertas, y entre ellas, las viviendas flotantes. Son las "chinampas" que construyeron los indios en esa región lacustre y que hoy constituyen singulares ciudades y jardines bellísimos donde la vida más parece un embrujamiento entre los azules canales fragantes.

Al volver esa tarde a la ciudad, el General Cházaro nos hizo conocer el "Arbol de la noche triste", el mismo a cuyo tronco lamentó Hernán Cortés su derrota. Tocamos su corteza con unción sagrada. Es un ahuehuete milenario en el que pervive la historia.

———

El 15 de setiembre se enlazaban las banderas de la patria costarricense con las de la patria mexicana en el recuerdo de la Independencia. Ese día se nos concedió a los viajeros de Costa Rica hacer Guardia al pie de la Columna de la Independencia donde se guardan los restos de los héroes que la realizaron. Llevamos una bella corona y rendimos nuestro homenaje durante quince minutos.

Para ese mismo día habíamos invitado a comer con nosotros a los costarricenses residentes allá y encargamos a nuestro Cónsul en México don Luis Greñas, para que los citara a todos. Fué en el Restaurant "Mitla" donde nos reunimos. Recuerdo que asistieron: el señor Greñas, don Lelan Villafranca, ex-Encargado de Negocios de Costa Rica en México; el profesor Raúl Cordero Amador y su hermano; don Vicente Sáenz, su señora esposa y su hermana la señorita Elisa; don Amado Chaverri Matamoros y su señora; doña Graciela Castro de Miller, don Leoncio Bello, el señor Camacho, el señor Portela, el señor Arley y su hijo el señor Pastor, el señor Chacón, todos los de la "Misión de Costa Rica"—como nos llamaban allá— y además el señor Médiz Bolio y su señora, el Mayor Vieytes y su señora, el Coronel Amador y su señora y el Cónsul señor Suárez.

En esa ocasión pronunció el Lic. Médiz Bolio uno de los discursos más bellos refiriéndose a su amor por Costa Rica. Y en esa ocasión también tuvo un alto honor el que esto escribe: el Cónsul señor Greñas, por encargo del profesor Cordero Amador, quien a su vez había sido comisionado por los alumnos de la Universidad, me colocó en el pecho la insignia oficial de aquella Institución, que desde entonces luce sobre mi corazón como un símbolo de superiores anhelos. La insignia representa dos águilas al rededor del mapa de Hispanoamérica y al pie se lee la hermosa frase mexicana: **Por mi raza hablará el espíritu.**

Se cantó el himno nacional de

(Pasa a la página 171)

Gambetta

Su equilibrio esencial

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

En el libro que dedica a Gambetta M. P. B. Gheusi, el tribuno de la República Francesa se nos descubre como estadista dotado no sólo de larga vista, sino de cierto equilibrio esencial que no es evidente a los que sólo piensan en el animador de la Defensa Nacional del año 70 y en el energúmeno de las multitudes de Belleville.

En 1873, con ocasión del entierro de Althon-Shée, había dicho a los aristócratas, monárquicos todos:

"La antigua aristocracia pertenece a Francia; aun puede servirla. Si tiene el talento de unirse a la Francia nueva, la Francia del trabajo y de la ciencia, contribuirá, con su altivo patriotismo y su noble delicadeza, a darle aquella flor de elegancia y distinción que hará de la República francesa, en el mundo moderno, lo que era la República ateniense en la antigüedad".

Fué idea de Gambetta el establecimiento del Senado, porque su partido republicano no lo quería y los monárquicos no veían en él sino un medio de resistencia al sufragio universal, pero Gambetta vió que sin el Senado las crisis ministeriales se convertían en crisis presidenciales y que una amenaza plebiscitaria se cernía permanentemente sobre las instituciones republicanas, como después lo demostraron los éxitos del "boulangismo". Una república sin Senado era la Convención.

Desde 1875 había profetizado la inmensa guerra que se incubaba. El programa de Gambetta, según Deschanel, era: "Conflagración europea inevitable. Necesidad para Alemania de servirse del Austria como de un instrumento de conflicto. Acuerdo previsible entre Austria y Turquía. Alianza indispensable de Francia, Inglaterra y Rusia. Importancia de la cuestión de Oriente. Agrupación de los pueblos latinos y de los eslavos. Esfuerzo enérgico para separar Viena de Berlín".

No hay estadista europeo que haya visto tan lejos. También en 1875 decía Gambetta a sus íntimos: Chaudordy, Ranc y otros, que en la reconstrucción futura de Europa desempeñaría principal papel el principio de las nacionalidades. Pero añadía que: "tenemos que retrasar veinte años el advenimiento de ese principio, destructor de todos los equilibrios y germen nuevo de complicaciones en las relaciones entre los Estados".

De Gambetta es la conocida fórmula: "El clericalismo; he ahí el enemigo", pero M. Gheusi nos dice que lo que con ella se condenaba no era la religión, sino simplemente la intervención del clero en las luchas políticas. De otra parte, también es de Gambetta la fórmula con que defendió las Misiones francesas en Oriente, y que dice: "El anticlericalismo no es artículo de exportación".

Este libro nos muestra igualmente el origen y la necesidad de esta prudencia de Gambetta. Se la imponían las circunstancias. Un informe secreto sobre las tendencias del ejército francés le había revelado que las tres quintas partes de los jefes y oficiales del ejército eran bonapartistas, otras tres décimas se componían de legitimistas y orleanistas y sólo una décima parte republicanos.



León Gambetta

Lo extraordinario es que Gambetta supo infundir al partido radical por él creado su propia prudencia. Francia está gobernada por los 40.000 "comitards", que se agitan en los comités radicales y radicales socialistas. Ello se debe, según Maurras, a que no hay en las derechas francesas otros 40.000 hombres capaces de su mismo esfuerzo político prolongado. Pero también a que los "comitards" han tenido la cautela de no atentar a los bienes de sus enemigos, mediante confiscaciones sin indemnización, ni tampoco a las libertades personales. Esta ha sido la influencia de Gambetta. ¡Harto se echa de menos en España!

Este equilibrio esencial suyo se debe, en parte, a las circunstancias de su familia. Hijo de un italiano tendero de comestibles, que quería dedicarlo a la tienda, y no pudo impedir que se hiciera abogado, se vengó de la desobediencia del muchacho, de cuyos talentos, por otra parte, se enorgullecía, no dándole más que cien francos al mes para seguir en París sus estudios. Gambetta conoció, pues, toda su vida la necesidad del trabajo y de la economía.

En París hizo una vida irregular. Frecuentó demasiado los cafés. Aunque tal vez no demasiado, porque fué en los cafés donde se hizo tribuno. Lo curioso es que sabía conciliar la vida de café con la de los trabajos más serios de la Facultad. Procedía por épocas. Se daba verdaderas orgías de trabajo a las que seguían grandes descansos, "obligada digestión de sus inmensos festines de ideas", dice él mismo. Todo el mundo le tuteaba. Los monárquicos le siguieron hasta el fin de su vida "orador de tabernas". Pero él combinaba esta vida de tribuno popular con el estudio y la forzada economía.



Leonie León,
la enamorada de Gambetta

Ya tenía treinta años cuando Julio Favre le llevó a hablar como letrado a su pueblo natal de Cahors, al sólo objeto de que supieran sus paisanos que Gambetta era ya una celebridad parisiense. A consecuencia de ese viaje, los ciudadanos de Cahors hicieron entender a la madre y a la hermana del tribuno que tenían "el derecho y el deber" de llevar sombrero, cosa que no hacían las mujeres de la pequeña burguesía, y que explica el fondo de disciplina social que se escondía bajo el "energumenismo" de Gambetta.

Ello esclarece su gran éxito como organizador de la Defensa Nacional, cuando tuvo que encargarse de ella, a la caída del Imperio. No era sólo su genio de tribuno lo que hacía surgir sus ejércitos de debajo tierra y unía, bajo la bandera tricolor, lo mismo a los voluntarios vendeanos que a los suavos pontificios y al propio conde de Chambord, sino al mismo Napoleón III, cautivo indignado, a Guizot, al príncipe Joinville, al duque de Chartres, a Taine y a los intelectuales, porque su fe entusiasta y su gran patriotismo removían los corazones y devolvían a los franceses la confianza en sí mismos, sino que su inmenso trabajo y su espíritu de economía permitían reunirse las inmensas cantidades de material de guerra, alimentos y vestuarios que requerían los nuevos ejércitos. Y ahora no cabe duda, porque lo confiesan los generales alemanes, que de haberse seguido al pie de la letra las instrucciones de Gambetta, los alemanes hubieran tenido que abandonar los territorios invadidos.

Pero tenía demasiados enemigos. Thiers lo calificaba de "loco furioso". Grévy le odiaba a muerte. Jules Simon, también. Entre sus amigos había muchos que no podían perdonarle el genio con que enardecía a las multitudes. Y Gambetta estuvo enfermo, toda la vida. Desde la infancia, había estado enfermo. El disturbio intestinal, que finalmente le llevó al sepulcro, le acompañaba desde la infancia y se le había agravado por la mala y escasa alimentación de sus años de estudiante y alguna enfermedad de juventud que nunca curó bien, aparte de que sus esfuerzos de orador venían a ser causa de sus muchas y graves inflamaciones de los bronquios, que le condenaban a largos descansos.

Fué una mujer enamorada de él, Leonie Léon, con la que iba a casarse, la que accidentalmente ocasionó su muerte. En una disputa cariñosa se disparó un revólver que Gambetta había dejado mal amartillado y el reposo que siguió a los días que tardó en curar la herida producida en la mano hizo que sobreviniera la complicación intestinal que le mató hace medio siglo, el 31 de diciembre de 1882.

(Pasa a la página 170)

La maravilla del radio

= Tomado de *Prosa Romántica*. Imp. Alsina. San José de Costa Rica. 1933. =

Por una circunstancia imprevista pude cumplir una promesa en un día de diciembre, en que parece saborearse la alegría de vivir y en que los afectos predominan en nuestros corazones, por influjo del ambiente, por los recuerdos íntimos, por ese homenaje que se tributa a la infancia personificada, con todos los atributos de la bondad, de la belleza y de la poesía, en el divino niño de Belén. Para esta última noche buena logré unificar los deseos y preferencias tan diversas de mis hijos, al adquirir un aparato de radio e instalarlo como si fuera la chimenea de los hogares en países fríos, como el centro de atracción que da luz y calor, que se busca cuando uno viene de la calle y a cuyo influjo se disipan las preocupaciones y tristezas.

Ya somos poseedores de la caja en que se destaca, como el santuario de una capilla, un foco luminoso que pudiera ser el alma de esa fuerza creadora de ilusión. Ya tiene un poderoso enemigo la soledad, ya tiene adversario el hastío, para quien no puede vivir sin los atractivos que antaño nos daba el trato social.

Pero el aparato nos permitirá también entregarnos a nuestros propios pensamientos, rimándolos dócilmente como el humo azul de un cigarrillo, sin las alternativas ni las impertinencias de una banal conversación indeseable, sugiriéndonos una reminiscencia de juventud, evocando paisajes o semblantes contemplados en otro tiempo, o dejando que la idea filosófica, como minero que ahonda en la tierra, penetre hasta encontrar el oro de un principio o de una máxima de conducta y nos disponga a la reconciliación con la vieja y arraigada creencia que nuestros padres depositaron con amor en lo más recóndito de nuestras conciencias. Y cuando fatigados de estos monólogos que sólo nosotros escuchamos al ritmo de la música, en un segundo giramos la perilla y los sueños se desvanecen para volver a la realidad.

Es realmente una caja inventada por un mago moderno. Una combinación de alambres y bombillas, una antena que vigila en los aires y el fluído eléctrico que anima y vibra, captando los sonidos que pasan y entre ellos la palabra, la palabra humana que es la moneda con que cambiamos las ideas, que es el signo de superioridad de la creatura dotada de este misterioso poder revelador de todos los tesoros de la inteligencia y de todas las ternuras del corazón. Este pequeño aparato que parece de leyenda, que no conocieron nuestros padres, que anula la distancia entre los continentes y palpita bajo nuestra mano, al ponerlo en conexión con todas las vibraciones del éter, parece una caja misteriosa del país de Oriente, capaz de realizar nuestros sueños de ventura, igualando a los grandes de este mundo con los bohemios sin fortuna, a los viejos que viven del recuerdo del buen tiempo pasado y a los jóvenes, que sonríen a la vida y están listos a lanzarse en pos de las quimeras, en alas de su mocedad inquieta.



Alejandro Alvarado Quirós

Escritor costarricense que goza de estimación y cariño. Hombre de letras asíduas, de lectura meditada, de autores predilectos. Hombre de elogios y admiración, generoso con los jóvenes, acogedor de las ideas. Pulcro en el pensar, discreto y fino en los decires como en los modales. En libros elegantes suele presentar sus escritos. Es de los que todavía editan un libro con sumo gusto para regalarlo a los amigos y estimadores. Hombre de entusiasmos civiles, a quien por igual le interesan todas las cosas: Bolívar y una biografía de Sócrates para los niños, la libertad y los ideales feministas, Edison o Juan Santamaría, como las aspiraciones de la gente nueva o la abolición de la pena de muerte en Costa Rica. Un entendimiento claro abierto a todas las corrientes del espíritu.

Acaba de publicar su séptimo u octavo libro: *Prosa Romántica*. Por la Imprenta Alsina. 1933.

Nada define mejor la actitud espiritual de este escritor, que la cita-epígrafe que lleva este libro, sacada de otro de los suyos: *Bric-a-Brac* (1914). Nos place reproducirla:

> Nuestro deber es «cultivar el jardín», tal como lo indicaba Voltaire en su burla espiritual del optimismo, para que alternen en él lo útil y lo bello, la perspectiva agreste y el apacible paisaje que la luna trasfigura para los elegidos del amor. Que cada uno trabaje en lo que Dios le dé a entender e idealice a sus horas, como cantan los pájaros para reposar de las fatigas y hacer más ameno el vuelo del día siguiente.

Abogado y escritor de los buenos, gran ciudadano, amigo servicial y afectuoso: tal es el costarricense Alejandro Alvarado Quirós.

Los habituados en nuestro país a las confidencias de las estaciones de radio que ya forman una legión, han tenido oportunidad de escuchar el verbo inspirado de los poetas, la cálida arenga del orador y la fluída palabra de los intérpretes, que al recitar idealizan y prestan el calor de sus almas de artistas al verso ajeno o a la prosa que seleccionan. Claudia Lars, la poetisa que es como la madona de Rafael, inseparable de su niño, y que pone en sus cantos la dulzura y la exquisita distinción nativas, pasó una tarde frente al micrófono, que parecía encantado de escuchar la melodía de sus romances. Algunos selectos poetas compatriotas nuestros, siguieron ese ejemplo aprovechando en horas líricas este agente moderno de difusión de la palabra, que guarda la cálida impresión que cada uno de los autores quiera darle. Isabel Quirós y Manuel de la Cruz González nos han demostrado en muchas ocasiones sus admirables recursos para traducir el pensamiento de los grandes poetas y al oír a estos dos románticos extraviados entre la prosa contemporánea, pensábamos con nostalgia en las noches de los teatros de Madrid y en la falta de estímulo para que se desarrollen aquí, hasta conquistar la celebridad, las dotes de los jóvenes de incontestable talento. Para la poesía que necesita ascender hacia el azul del cielo y para el poeta que ágil aspira a desgranar en los aires su sarta de pensamientos, el radio viene a ser como el Pegaso del verso de Darío, que lleva al poeta en sus ancas temblorosas y que vuela en pos de la radiante aurora!

La noticia de sensación ha encontrado en el micrófono una agencia de circulación inmediata y algunos sagaces periodistas que abandonando las imprentas confían a las antenas las novedades del mundo y los sucesos del país, nos sirven una crónica que día a día resulta más interesante y pintoresca.

Cuando se dividieron los costarricenses en diversos bandos que se disputaban el triunfo electoral, el radio fué confidente predilecto de esa literatura monótona en que alternan los planes para salvar a la República y los ditirambos a los diversos candidatos, pero también se escucharon en muchas veladas discursos plenos de sinceridad y de elocuencia y la autorizada palabra de los jefes y oráculos de partido. Todo ese torbellino pasó como una nube que barrieron los vientos en este valle y la fraternidad puso un bálsamo en los rencores y heridas de la lucha y está a punto de borrar el cisma de la familia costarricense.

Así como en diarios y revistas, el lector se dirige en primer término a la sección de sus preferencias, la afinidad espiritual de los pequeñuelos ha encontrado un eco de todas sus simpatías en los cuentos que "el hombre de la luna" prodiga todas las tardes por el radio, logrando aquietarlos y entretenerlos con los recursos de su fantasía. Para otros, las excentricidades de carácter criollo, el remedo del habla del campesino que cultivó con tanto acierto el ingenioso e inolvidable Aquileo Echeverría y que por ser algo de nuestra tierra nos impone el perdón para las adulteraciones de la hermosa lengua de Castilla.

Pero nosotros nos dejamos cautivar por el encanto de las orquestas, ya vengan de las potentes estaciones extranje-

ras o de las que en el país se han ido multiplicando en su rivalidad para complacer a los millares de aficionados.

Después de las congojas de la tarea cotidiana, fatigados de lecturas, una hora de buena música es un filtro que apacigua el ánimo, que levanta el entendimiento a las regiones serenas, especialmente si podemos disponer de este recurso desde nuestro gabinete silencioso, sin las promiscuidades de la multitud en las salas de los teatros.

La música es ensueño! La gran música de Beethoven, los enfermizos nocturnos de Chopin, las orquestaciones sabias y soberbias de Wagner, que sacuden nuestros nervios y nos subyugan, obligándonos a seguirlo hasta la cumbre del arte: la deliciosa música francesa o la característica, rica y variada música de España, que interpreta a maravilla los sentimientos y pasiones de los hombres de nuestra raza. Cuando la orquesta Repetto ha ejecutado en varias ocasiones "La Noche de Walpurgis", logra transportarnos al teatro de la Gran Opera de París, evocando recuerdos de juventud, para contemplar los ritmos elegantes de la mitológica Elena y las doncellas troyanas, esos coros de muchachas que aprenden la armonía y la medida, tan griega como francesa y que se presentan en una decoración de bosques y en un derroche de juventud y de belleza.

Sin mostrarnos muy difíciles nos contentamos a veces con los compases de un viejo vals como el "Danubio Azul", que llevó el cetro hace ya muchos años, cuando no había sido desbancado el vals en los salones por las algarabías del jazz-band y los bailes modernos, que no pueden compararse con los de antaño.

La música tiene en verdad el privilegio que se concede a Mefistófeles, en el poema del "Fausto"; con un golpe de su vara encantada desaparecen los años, retorna la juventud y la primavera, se esfuman el pesimismo, la duda y la amargura; los recuerdos del pasado se abrillantan, volvemos a las correrías de estudiantes, a nuestras primeras giras por el país del arte, divisamos allá en la lejanía, entre enredaderas de jazmines, la luz de la ventana en que asomara Margarita, o recordamos nuestro asombro al descubrir los milagros de la pintura moderna en un hotel de New York, frente a un cuadro de Bougerau: "La ninfa y los faunos"; más tarde, nos familiarizamos con los museos de París, y nos acostumbramos a las sugestiones que nos imponen los mármoles olímpicos de la estatuaria griega y las telas declaradas inmortales, ante las cuales enmudece toda crítica. En una velada nos parecía tener frente a nuestros ojos el cuadro de la "Gioconda", la esfinge de la sonrisa femenina, en otra: "El embarque para Citeres", con sus perspectivas doradas de ilusión y el paisaje digno de las fiestas galantes del siglo en que floreció Watteau; llegamos así a comprender el maridaje íntimo que existe entre los sonidos y los paisajes, entre los cuadros inimitables de la naturaleza que inspiran a los pintores y los sentimientos que germinan en las almas adonde reside la fuente sagrada de la verdadera poesía.

Estamos en el siglo del prodigio. Cada invento hace posible una transformación y un embellecimiento de la existencia. El automóvil, el aeroplano, el cine parlante, Marconi, que oprimiendo un botón en su yate que surca las aguas del Adriático, enciende las arañas de cristal en un palacio de Australia; el radio, en fin, que mantiene nuestra curiosidad siempre en acecho y suprime los escollos de la distancia, dándonos ocasión de escuchar una voz conocida y fraternal que habla de nuestra patria, dictando una conferencia, en un teatro de Madrid.

Llegará un día, en que así como somos vencedores del espacio logremos serlo del tiempo, que las palabras pronunciadas en horas solemnes de otros siglos y que de seguro han quedado vibrando sobre las ondas etéreas, puedan ser recogidas por las antenas contemporáneas y lleguen a nuestros oídos, asombrados del poder del genio, que suprimen todos los Pirineos que marcan las edades en el curso de la historia. Será posible entonces sincronizar una arenga de Napoleón en una de sus memorables batallas o el magnífico discurso del Libertador al desarrollar su plan romántico de federación de las naciones americanas que le debían su plena autonomía; como un eco vago de la Grecia lejana llegarían las palabras de Sócrates al despedirse de la vida y fundar entre sus discípulos su escuela inmortal o doblaríamos las rodillas si nos pareciera ver el resplandor augusto de Jesús, confiando a los vientos y a los tiempos las cláusulas del "Sermón de la Montaña" para guiar hacia el bien a las generaciones redimidas por su palabra divina!

Mientras tanto, mientras llega la realización de ese sueño, ¡qué dolor! servirnos del aparato maravilloso para instruirnos en las injusticias del conflicto del extremo oriente con su rapiña de Manchuria y su bombardeo de Shangai; para que se nos informe que dos naciones de nuestro continente, por algunos palmos de más o menos territorio y unos pozos de petróleo, están a punto de hacer fracasar las doctrinas que en América condenan la guerra a destierro perpetuo o para comprobar con estupor que a Lindbergh se le hizo pagar como rescate de su gloria, por una banda de aventureros sin conciencia, no sólo una fortuna sino también la vida preciosa de su primogénito.

La vieja filosofía sentada como una hada en el recodo del camino nos enseña que es preciso aceptar los sucesos de la vida, con su lote de bienes y su fardo de males; que la historia lo único que demuestra es que la transformación de las costumbres y los avatares del progreso, no cambian radicalmente la moral y las pasiones de los hombres y que el fuego que robó Prometeo alumbra la marcha en el sendero, pero a veces quema y destruye lo que con amor y paciencia se había construído. Pensemos sin embargo en el porvenir y en los inventos que se nos brindan para nuestra instrucción o entretenimiento. El micrófono es ya un receptáculo profundo de espiritualidad, algo como la colmena de donde salen las abejas de oro que vuelan en todas direcciones, llevando nuestros mensajes, vehículo que puede reemplazar a los diarios y que colabora con el libro, instrumento de gran eficacia para la propaganda altruísta y para las vulgarizaciones del arte y de la ciencia, lazo de inestimable precio que en día no lejano acercará a los pueblos de la misma raza y que junto con el teléfono sin hilos, será sustituto de las misiones y conferencias diplomáticas, permitiendo a los gobiernos el entendimiento directo que zanja diferencias y que lima asperezas, para realizar lo que hasta ahora se ha buscado en vano: el imperio de la paz y de la fraternidad entre los hombres.

Alejandro Alvarado Quirós

San José, 18 de agosto de 1933.

Gambetta...

(*Viene de la página 168*)

Valdría la pena de estudiar mejor el carácter de Gambetta, su extraña combinación de arrebato oratorio, visión certera, moderación en el juicio y equilibrio esencial, para que se comprendiera algo más la duración de la tercera república francesa, comparada con el breve tiempo que se sostuvieron la república de la revolución y la del romanticismo.

Ramiro de Maeztu

Madrid, 1932.

Crónica de un viaje aéreo a México...

(Viene de la página 167)

Costa Rica y por cierto que uno de nosotros, que nunca había demostrado ser músico, improvisó felizmente las notas de nuestro canto nacional en el piano que allí estaba, coronándose así armoniosamente, alegremente, aquella tarde en que estuvo presente la Patria.

———

La noche del 15 de setiembre fuimos al Palacio de Gobierno. Eramos invitados de honor para asistir a la Fiesta Nacional de "El Grito", como se la llama en México. Fiesta elegante, de sobriedad y distinción, llena a la vez de majestad y de entusiasmo patriótico. Se había invitado solamente al Cuerpo Diplomático, a los altos funcionarios del Gobierno, a los aviadores cubanos que habían llegado el día anterior, y a la Misión de Costa Rica. Con sólo esa invitación hubo bastante para llenar los cinco hermosos salones del Palacio, tan numeroso es en México el elemento diplomático. La orquesta de Lerdo de Tejada, dirigida por él mismo, amenizó en Palacio la fiesta. Todos sus componentes vestían traje regional. Yo sentí el impulso de abrazar al maestro director de aquella famosa orquesta que se presentaba tan típicamente en Palacio, y sin que me lo hubieran presentado, nos abrazamos largamente. El me habló de su deseo de traer su orquesta a Costa Rica y es posible que lleve a cabo su propósito. En esa fiesta conocí también al gran escritor ecuatoriano, Ministro de su patria en Washington y en México, don Gonzalo Zaldumbide.

Todos esperábamos las once de la noche, la hora de "El Grito". Salimos al balcón. Más de trescientos reflectores iluminaban el Palacio desde abajo y hacían verse como de marfil el frente de la hermosa Catedral.

Abajo, en la plaza de la Constitución, doscientos mil hombres se mecían en el oleaje humano, esperando el momento de "El Grito". A las once en punto se asoma el Presidente de la República a uno de los balcones, y alzando la bandera nacional, toca la campana histórica del Padre Hidalgo, la misma que llamó a los hombres para luchar por la Independencia, y da el grito de "Viva México", "Viva la Libertad" El pueblo todo contesta encendido de un entusiasmo que emociona:

"Viva México, Viva la Libertad!"

Al mismo tiempo, las doce campanas de la vieja y hermosa Catedral que está al frente hacían coro a aquella fiesta cívica con su tañido imponente.

Mientras, en el Palacio se brindaba con champaña por la libertad y por la prosperidad de este pueblo privilegiado.

Al salir de aquella fiesta inolvidable, nuestro amigo don Juan Estrada, quien ya dijimos, ha servido a su patria como Encargado de Negocios en nuestro país, nos ofreció su automóvil. En él lucía, adelante, con la bandera de México, la de Costa Rica Le agradecimos emocionados tan oportuna gentileza.

Habrá que decir como paréntesis, aquí, que el señor Estrada es gran amador de nuestra patria; allá nos invitó varias veces a comer en su casa, y los costarricenses tuvimos la feliz oportunidad de ser huéspedes suyos en dos ocasiones.

———

Nos estaba reservado conocer una de las fiestas más típicas y por eso más bellas: el "Jaripeo", o fiesta de los charros, en la que lucían sus ricos vestidos regionales más de doscientos caballeros de lo más selecto de la sociedad mexicana, hechos de piel de venado unos, otros de piel de gamuza, adornados a veces con piel de leopardo, todos recamados preciosamente y cada uno queriendo sobrepujar a los demás en lujo y elegancia. Allí tuvo oportunidad nuestro querido compañero de viaje el ingeniero don Francisco Jiménez Ortiz de lucir un rico traje de **charro** y sus habilidades de jinete, pues le concedieron el honor de desfilar entre ellos y de estar en el "coleo".

En los juegos del coleo vimos suertes arriesgadas y extrañas y hasta pudimos admirar al anciano Marqués de Guadalupe hacer alarde de su agilidad y de su fuerza en el difícil juego.

La máquina de cine que traía nuestro don Francisco Jiménez empezó a funcionar aquí. Ulate y el Coronel Lizano se prepararon una hora antes con lecciones sobre su manejo con un operador de "La Universal". Sudaron, se fatigaron tomando distintos aspectos del juego; nos hicieron posar a nosotros mismos. Y al llegar a revelarla, se nos dijo que no tenía película la máquina. ¡Habían arado en el vacío los queridos amigos!

———

El domingo 19 se nos hizo un homenaje inolvidable a nosotros los de la **Misión** costarricense y a los aviadores cubanos. Se preparó especialmente, para dedicárnosla, una **Revista Militar**, con elementos de tierra y aire. Presidimos el acto el General Azcárate, Jefe del Estado Mayor, el Lic. Médiz Bolio y su señora, la señora del General Cházaro y nosotros los homenajeados. En esta Revista Militar desfilaron elementos de todo el ejército: caballería, artillería, flotillas de aeroplanos, cadetes uniformados de gala, etc., etc.

Comenzaron las maniobras: las tres flotillas aéreas se acercaron al palco donde estábamos y haciendo un viraje gracioso frente a la tribuna, rendían su saludo militar y se elevaban en formación. Eran 21 golondrinas que bajo el cielo claro de México se ponían en ordenado desfile y eran los ojos y los oídos del ejército que esperaba abajo.

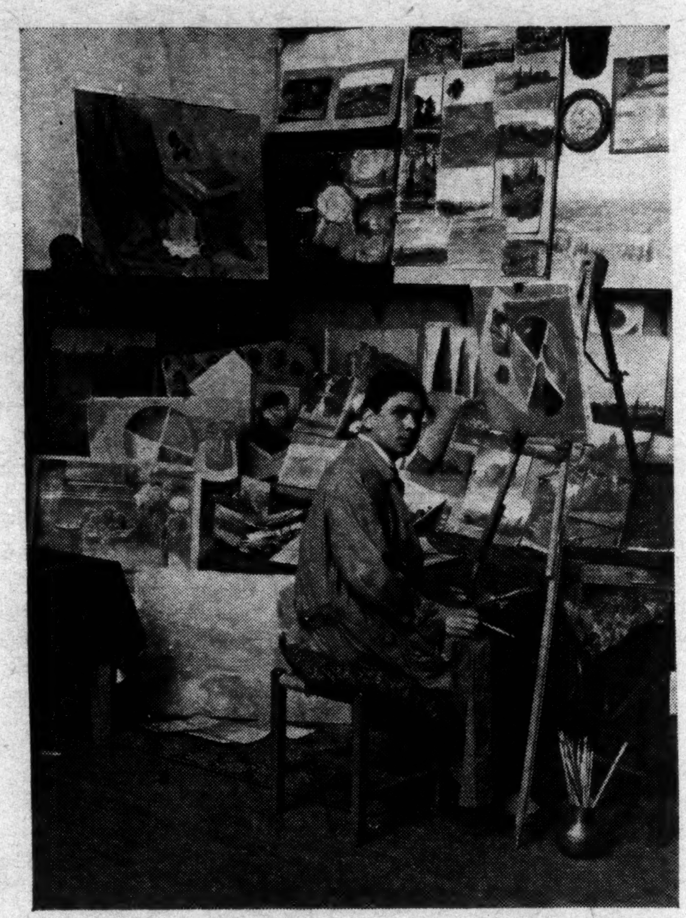
Un simulacro de asalto dió la caballería al mando del General Cházaro, mientras la artillería disparaba sus cañones y los infanteros se echaban a tierra para disparar en el avance. Todo el tiempo los cubrían con su vuelo vigilante los aeroplanos de defensa y ataque, y aun vimos que a dos mil metros de altura se lanzó un oficial en su paracaídas... ¡Emocionante espectáculo!

Los alumnos del Colegio Militar hicieron ante nosotros lucidos ejercicios y todo el ejército que actuó en la Revista desfiló ante nuestra tribuna al compás de una música marcial. cerrando la marcha el grupo de cadetes que con sus guantes blancos ponían una nota más de elegancia en aquel conjunto.

Al día siguiente vimos a estos mismos cadetes en su Escuela Militar, cuyo edificio ocupa como seis manzanas y que es una de las mejores de América. Imposible será en la rapidez con que hacemos este relato, referir con detalle todo lo que vimos en aquel Colegio ejemplar: habrá oportunidad para hacerlo luego, dignamente.

———

Esa tarde, después de la impresionante Revista Militar en que atronaron los cañones y los paracaídas nos dejaron el ánimo suspenso, almorzamos con nuestros invitados de ese día en el **Regis**.



Pablo Zelaya en su estudio de Madrid (1922).

El telegrama de Tegucigalpa, 7 de marzo, dice:

Al señor J. García Monge:

Enterado del aprecio que en ese país guardan para el artista hondureño Pablo Zelaya, tengo la pena de participarle que él falleció anoche en esta ciudad.

Jesús M. Rodríguez

Ciertamente, apreciábamos y queríamos a Pablo Zelaya y nos duele de veras que tan pronto se haya ido. ¡Tantas esperanzas cifrábamos en este hábil pintor hondureño! Sentimos mucho su ausencia, pero nadie como nuestro amigo Marco Aurelio Zumbado, que fué para Zelaya como padre o hermano, así se empeñó, y lo obtuvo, porque se trasladara a España a hacer estudios de pintura. Y cómo consuela, Marco Aurelio, la gratitud constante y tierna de Zelaya, hombre bien nacido. En tierras estériles como éstas, donde lo usual es criar cuervos que más tarde sacan los ojos a sus protectores y amigos.

De la mesa, a la gran corrida de toros a las 3 y media de la tarde. Fué una corrida excelente. El que escribe había tenido en el año 24 la fortuna de ver en la Plaza de Lima a Belmonte hacer sus milagrosos juegos. Pero aquí le estaba reservado ver algo más emocionante. Esa tarde se lidiaban seis toros en México. Seis distintos matadores, valientes, cumpliendo ante un público conocedor, exigente y entusiasta, en exhibición de competencia. Presenciamos allí algo conmovedor y hermoso a la vez: al terminar su preciosa faena el diestro Molina, es cogido por el bravo animal, que le ensarta un cuerno por el cuello. El torero cae con los trastos al suelo. Sus segundos le quitan el toro y él súbitamente se levanta, se detiene la sangre que lo ahoga, con una mano, y con la otra toma la espada para terminar con el bicho. El público grita que se salga. El torero se ahoga con la sangre de la herida; pero puede más su coraje y así clava su espada a la fiera que dobla las manos y se inclina frente a aquel hombre, como rindiéndole un culto supremo... ¡Son los toros y los toreros de México!

¿Escribiremos todo cuanto vimos? Habrá tiempo. Hablaremos del Museo, de las joyas halladas por Alfonso Caso en Monte-Alván. Del Jardín Zoológico, del Jardín Botánico donde pasamos largas horas en compañía del culto amigo el ingeniero don Octavio Amador. Sobre todo del Museo arqueológico y del Museo histórico donde admiramos bloques de sílex, armaduras siglo XVI, armas precolombinas o coloniales, obras de jade, de plata y de oro; las joyas guerreras de Juárez, el estandarte de Moctezuma, las joyas de todos los héroes de la Independencia. Lienzos. Vasos. Imposible anotar. Haremos publicar un día el hermosísimo artículo del culto y erudito Rafael Heliodoro Valle sobre las joyas de Monte-Alván para que se comprenda que es justo el comentario que se ha hecho de que son más ricas que las halladas en la tumba de Tutankamen.

Escribiremos sobre el Centro de Cultura Cívica que ahora dirige Médiz Bolio, para que sepamos por acá cómo se difunde en México la cultura en el pueblo, y escribiremos nuestra entrevista con el gran poeta, el maestro eximio Enrique González Martínez, a quien tanto admirábamos y a quien visitamos en su casa señorial. Gentilísima su señora, bello su hogar. Diremos palabras de homenaje y de cariño acerca de nuestros amigos a quienes habíamos conocido en Lima, el gran pensador Antonio Caso, el poeta y erudito J. J. Núñez y Domínguez y el no menos poeta y erudito Valle. Diremos de Gaona, el gran torero, con quien nos retratamos en la ciudad los del grupo costarricense. Gaona no torea ya; aunque está joven y ágil, prefiere ser millonario y vive de las cuantiosas rentas. Nuestro gran tenor Melico Salazar honra allá a Costa Rica: tiene un Conservatorio y en las épocas de Opera canta. Sigue haciendo solo él el **Otelo**. Hemos de decir también con qué cordialidad acogieron los periodistas a nuestro compañero el señor Ulate, director de "La Tribuna". Se le atendió como periodista y como Diputado.

Hemos de escribir algo digno de este viaje y algo digno de este pueblo.

Tenemos que enseñar en nuestro país la expresión de nación que tiene México para que se aliente en ella: cultura general, seguridad del porvenir, vida, en una palabra. Casi no tienen necesidad de importar nada. Hay fábricas de todo, de automóviles, de aeroplanos, de licores finos. Por docenas se cuentan las fábricas de cerveza, mejores todas que las que importamos aquí, o como las mejores. Telares, cerámica finísima. Los inditos laboran el mármol y trabajan el jade. La loza de Oaxaca es lindísima. Gente que trabaja cantando, canturreando una canción propia. El zarape que hace el indio no tiene que envidiar nada a las más ricas telas del extranjero; son hechos a mano. Gran capital es México: 40.000 autos; 200.000 radios. Pero hay que ver sobre todo el amor a la nación, el sentido de patriotismo que inspira a todos por igual. Allí los parques y las calles y los monumentos se llaman con los nombres de sus hombres: Nervo, Juárez, Madero, Urueta, etc. Y así viven "su historia" la tienen presente y se arraigan en el pasado para construir el porvenir.

Por ese sentido patriótico y esa comprensión alta de la nacionalidad se concedió a nuestro compañero el Coronel don Joaquín Lizano la condecoración de la Medalla Azteca. Singular distinción. Grande honor, tanto más que acaba de crearse la Medalla para premiar eminentes servicios, y es a nuestro compatriota y a los aviadores cubanos que llegaron a las fiestas de la Independencia, a quienes primero se concede ese honor.

Tanto agasajo, tanta acogida benévola para nosotros, tanto cariño para los costarricenses, eran agasajos y cariños, no para los individuos que componíamos la excursión, sino para Costa Rica que para ellos estaba presente allí.

Así nos hizo también un gran honor la estación radiodifusora, mundialmente conocida, "La voz de la América Latina" por medio del fino amigo el Coronel don Alberto Salinas Carranza: dedicó una audición a Costa Rica la noche del 14 de setiembre y me concedió 15 minutos para dar las impresiones del viaje. ¡Con qué emoción lo hice! Recuerdo que empecé a hablar después de haber oído al propio Juan Arbizú en la dulcísima romanza que nos dedicó. Y dije más o menos las palabras que se publicaron hace poco en el **Repertorio Americano.**

Rogelio Sotela

Poesías

Envío de la autora

VIOLIN

Para mí el violín
—corazón musical—
exhala su más tierno lamento.
¡Oh queja melodiosa y fina,
oh dorada canción de ensueño
y de dolor!

Y yo me entrego a aquella música
de nostalgias, plena,
mi alma se hace una
con el alma del violín
y siento resonar dentro de mi
aquel sollozo
que se escapa
del violín.

PEQUEÑA CANCION

He renunciado
a mi más dulce ilusión,
me he arrancado del corazón
aquel ensueño que me embriagaba.
Y así sin ilusión y sin ensueño,
pero fuerte
con la alegría de mi renunciación,
voy por el mundo
diciendo mi pequeña canción.

EL ENCUENTRO

¿Dónde te vi por vez primera?
¿Dónde nos hemos encontrado
en la vida o en el sueño?
No lo sé. Pero este nuestro encuentro
¡cómo estremeció mi corazón!

En tus ojos oscuros leí mi destino
y me embriagué de tristeza!
una única vez te vi
y comprendí cuánto te hubiera querido.

Te hubiera querido con un amor más grande
que todos los amores.

Por ti a quien sólo una vez vi
deshojo mis más bellas canciones;
por ti han florecido
todas mis ilusiones;
por ti, amante de mis sueños,
ha florecido la encendida rosa
de mi corazón.
¿Dónde te vi por vez primera,
dónde nos hemos encontrado
en la vida o en el sueño?

María Wiesse

Lima, 1935.

Economía Doméstica. A

Pláticas para mujeres campesinas y de poblaciones pequeñas

3.—Nutrición

= *Envío de la autora*. México. D. F. =

(Véanse los números 8 y 9 del tomo en curso)

Mujer de los campos y de los pueblos pequeños: en plática anterior te dije ya que los alimentos sostienen la vida, le dan al cuerpo salud y energía. Justo es hablarte ahora de la transformación de la comida, en vida de nuestros cuerpos.

El objeto del alimento es nutrir al cuerpo, y es un error comer más de lo que el cuerpo necesita para estar sano.

La higiene aconseja no comer más de lo necesario y es culpable quien lo hace, culpable porque esto ocasiona enfermedades y las enfermedades debilitan o matan al hombre y degeneran la raza.

Hoy te quiero dar, muy brevemente, una idea general del valor de los alimentos para que con algún conocimiento aproveches mejor lo que tienes en bien de tu familia.

El aire puro es importante para obtener una buena nutrición. La respiración, llevando a los pulmones aire puro hace que se quemen los alimentos bien y se preparen para ir a todas las partes del cuerpo que necesitan reparación.

El trabajo de nutrición se hace constantemente mientras el cuerpo tiene vida, pero el gasto de alimentos es así:

Tres partes son consumidas durante el reposo, tres partes se gastan en los trabajos de digestión y cuatro partes en las actividades externas, o sea en el trabajo.

No todas las personas necesitan la misma cantidad de alimentos. Cuando hacemos trabajo muscular, como labrar la tierra, lavar, etc., necesitamos mayor cantidad de comida. Cuando estudiamos o hacemos cualquier otro trabajo intelectual tenemos que dormir más. Esto es porque el desgaste muscular es mayor cuando hacemos trabajo material y el desgaste nervioso es más grande cuando hacemos trabajo intelectual.

Las reparaciones musculares se hacen rápidamente cuando se tiene alimentación abundante y buena digestión.

La reparación nerviosa es más lenta y requiere alimentación moderada y reposo mayor.

Las personas adultas que se ocupan de trabajos materiales duermen generalmente de seis a siete horas diarias.

Las personas adultas que se ocupan de trabajos intelectuales, duermen de ocho a nueve horas diarias. Hay personas excepcionales, pero la generalidad de las personas sanas, reposan en esa proporción.

La fuerza para realizar la vida en su triple aspecto de reposo, nutrición y trabajo se produce por el contacto y combinación de la comida, el agua, el aire y el calor del sol. Estos elementos se convierten en energía, en vida.

Podemos pensar correctamente aplicando los alimentos al cuerpo como sigue: 30% se convierten en fuerza física para el trabajo; 30% se convierten en calor para sostener la vida y 40% en materiales orgánicos para nutrir y reparar el cuerpo.

Los alimentos se valúan en grupos como sigue:

1.—Cereales y productos de cereales, como harina, maicena y otros.

2.—Legumbres secas, orejones de calabaza, de jitomate, etc. o bien de frutas como manzana, membrillo y otras. Chicales de elote y nueces.

3.—Vegetales frescos y frutas.

4.—Azúcar, piloncillo, mieles, queso de tuna y melcocha.

5.—Manteca, mantequilla y aceite.

6.—Leche y huevos.

7.—Animales alimenticios.

Si quieres que te ayudemos en los detalles de la alimentación de tu familia, reúnete en Club con las demás mujeres que oyen estas pláticas. Trabajen en formular una lista de todas las cosas de comer que se consiguen fácilmente en ese lugar y mándenla en nombre del Club. Entonces la Secretaría de Educación Pública pondrá persona capaz de usar todo sabiamente y ella te dirá cómo debes preparar tu comida.

En esa lista debes incluir otra pequeña diciendo de aquellas cosas de que con más frecuencia carecen las familias más pobres del lugar.

Te diré también que las necesidades de alimentación en la familia son diversas. Niños de dos a seis años, de seis a catorce, y adultos, son la principal división que podemos hacer. Los pequeños, durante el segundo año de vida, son motivo de estudio especial.

La leche, los cereales, las harinas y las frutas son la mejor comida para los niños.

Ten presente que durante la niñez, las actividades de los niños se alteran fácilmente. Unas veces los verás muy activos, bien haciendo travesuras, bien trabajando. Otras veces están decaídos, no quieren moverse. Procede con prudencia. Cuando el niño está sin gana de hacer nada, generalmente este desgano está acompañado de falta de apetito. Son cosas que se originan en el desequilibrio de su organismo a causa del crecimiento.

Si tú tienes un huerto es muy posible que la actividad de tus hijos, en vez de travesura inútil y a veces perjudicial, se traduzca en trabajo constructivo; deja a tu hijo o a tu hija que haga todo el trabajo que quiera y como buena amiga y sabia madre sustitúyelo en su trabajo hogareño cuando esté decaído.

Tu marido y tú, igual que las demás personas mayores, son más iguales en su apetito y su trabajo es más uniforme. Son, por tanto, los llamados a mantener la disciplina de la vida.

Trata a los niños como niños y a las personas mayores como personas mayores; no sea que de otro modo destruyas la tranquilidad de tu hogar y te prives del respeto y cariño de tus hijos.

Elena Torres

Estampas

Tribunales de Illinois que no permitieron aumento en las tarifas eléctricas

Toda empresa eléctrica es una empresa de utilidad pública. Necesitamos que nuestros hombres sigan vigilando en la Junta del Servicio Nacional de Electricidad

= *Colaboración directa* =

Encontramos en un periódico norteamericano el siguiente comentario editorial: "Es cierto que la Kankakee Water C° acudió a los Tribunales de Illinois a querellarse de estar ganando solamente el 5.17% y sufriendo como consecuencia la confiscación de su propiedad. Sin embargo, no se la escuchó. En el caso de la Kankakee sostuvieron los Tribunales que una empresa de utilidad no debía esperar rendimientos tan grandes en tiempos de prosperidad como en días de penuria y no le permitió ningún aumento en las tarifas eléctricas".

Allí en donde han logrado las leyes convertir la electricidad en fuerza al servicio de las necesidades humanas, no hay poder que consiga acabar con esa conquista. Los enormes intereses heridos buscan sin tregua el medio de dominar la legislación previsora. Pero el hombre vigilante no está expuesto a las sorpresas. Los Tribunales de Illinois saben el valor de la electricidad regulada desde el punto de vista de una empresa de utilidad pública. Acude a ellos una compañía eléctrica y les dice, seguramente por boca de muchos abogados con contrato para no dejarla perder el caso, que las utilidades de que disfruta no son exactamente las que puede tener una empresa con grandes inversiones propias. Pero los Tribunales de Illinois, que saben por qué dieron las leyes a la compañía quejosa tarifas de venta de electricidad que apenas le permiten una ganancia del 5.17%, han mantenido el principio saludable de esas leyes.

Hace pensar el suceso ocurrido en unos Tribunales norteamericanos en la protección que tiene el consumidor de electricidad allí en donde hay conocimiento cabal de lo que es la energía eléctrica al servicio del hombre. La compañía que la explota no puede hacer de ella una fuente de lucro desmedido. Aparecen las leyes que la someten a normas severas. La obligan a recoger una ganancia fija calculada sobre el valor exacto de las inversiones hechas para generar y distribuir la electricidad. No puede la compañía inflar el valor de sus inversiones para obtener mayores porcentajes, porque allí están las leyes metiéndose en su contabilidad y llevándole cuenta del precio de cada objeto y de cada gasto. Si ha invertido diez, sobre diez deducirá la ganancia que las leyes le fijen. Y esa ganancia determinada por un tanto por ciento nunca será tan alta como para obligar al consumidor a pagar tarifas altas. Ganancia moderada que asegure vida a la compañía, nada más. Pretender sacar utilidades enormes es pretender algo imposible cuando la legislación no se aparta del principio de que toda empresa eléctrica es una empresa de utilidad pública. El que emprende en ella en el lugar que se ha dado leyes previsoras, sabe que no hará festín. Por eso la compañía que fué a los Tribunales de Illinois a hablar de que se le estaba confiscando su propiedad no permitiéndole ganar más allá de un 5.17%, sufrió el repudio natural. Si Illinois ha establecido leyes protectoras de la electricidad en beneficio del consumidor, esas leyes no pueden ser burladas por la compañía que se siente limitada y sin poderes para aunar la explotación fenicia.

Nada que lo sorprenda encontrará, el que haya seguido entre nosotros el curso de la lucha por la electricidad nacionalizada, en la resolución de los Tribunales de Illinois. Grande ha sido la fortuna de Costa Rica con sus hombres al servicio de la electricidad nacionalizada. Fueron unos a administrar la Junta del Servicio Nacional de Electricidad y no hubo pormenor que se les escapara. Encontraron el país asaltado por los intereses capitaneados por la Electric Bond and Share C°. Pues trabajaron con visión y trajeron la ley avanzada. Allí está la labor fecunda y grande de esa Junta. No menospreciaron la experiencia de los Estados Unidos y se sirvieron de ella y la dieron adaptada a todas nuestras necesidades. En lo que esos hombres previsores dejaron está contenido lo que Costa Rica necesita para defender su electricidad. Si no se quiere aprovechar es por ignorancia o por ruindad. El consumidor de energía eléctrica de Illinois sabe que la Kankakee Water C° no puede elevarle el precio de la electricidad, porque es un precio calculado científicamente para evitar la explotación. También el consumidor costarricense está en condiciones de no sufrir nunca esa explotación por parte de la Electric Bond and Share C°. Tiene sentada la norma la Junta que pasó que no debe permitirse a esta compañía voraz el recurso infame de abultar el valor de sus propiedades para generar y distribuir electricidad. Cosa fundamental, sin duda. Porque si Illinois no permite utilidades mayores de un 5.17% calculadas sobre el valor cabal de las inversiones, Costa Rica no debe permitir tampoco que la Electric Bond and Share C° retire un tanto por ciento que sobrepase al monto de sus inversiones efectivas. Mientras los que aquí tienen a su cuidado la defensa de la electricidad no olviden este principio, no podrá la voracidad desatada reducirnos a su conquista. Es obligación ceñir a la Compañía que pretende dominarnos para una explotación inicua y humillante, a que no infle sus valores, a que nos deje abiertos sus libros para el examen que evite suplantaciones. Sólo así será posible conocer cuánto vale el aparato que tiene generando y distribuyendo electricidad la Electric Bond and Share. Lo demás será dejarse envolver por las habilidades de los personeros de la Compañía.

Ceñida la Electric Bond and Share al justo valor de sus propiedades no podrá explotar miserablemente nuestra electricidad. Lo que la Junta del Servicio Nacional de Electricidad dejó como sabiduría para tratar la cuestión eléctrica, dice que una vez conocido el valor limpio de la propiedad, debe señalarse la utilidad que derivará la Compañía. Y esa utilidad, óigase bien, no será nunca de tal magnitud que se vuelva azote del consumidor de Costa Rica. Ahora, en su nueva intentona por envolver a los hombres que administran nuestras cuestiones eléctricas, ha lanzado la Electric Bond and Share sus servidores satánicos. Pero si nuestros hombres no olvidan que ya sus antecesores sentaron normas grandes, el satanismo quedará boqueando. Precisa como medida primordial darle valor a lo que aquí tiene la Electric Bond and Share C°. Dárselo con justicia. Y para llegar a conseguir esa justicia, investigar, domar las insolencias de la Electric Bond and Share C°. El valor de esas propiedades será el que determine las utilidades que puede derivar la Compañía en Costa Rica. Utilidades módicas, nada más. No dispondrá de inmensas ganancias, porque la electricidad está concebida entre nosotros como una fuerza del porvenir. Como una fuerza inmensa que ayudará al hombre a libertarse de esclavitudes. Sólo así habremos podido honrar la legislación eléctrica. Lo contrario será traicionarla, convertirla en estropajo miserable de la Electric Bond and Share C°.

Lo que se presenta después que se ha logrado fijar el valor justo de las propiedades de la Compañía, será cosa sencilla. El precio que deba pagar el consumidor no costará fijarlo. No teniendo la Compañía campo para extraer grandes rendimientos de nuestra electricidad, no tendrá tampoco empeño en venderla cara. Sabe que las leyes de la República están sobre ella atándola a normas razonables. Sabe que llegó a nación en donde hay hombres que saben lo que es librar la electricidad de explotaciones inicuas. Sabe que conocemos la significación de lo que es una empresa de utilidad pública y aplicamos el conocimiento a esta enorme empresa de la electricidad. Pero para llegar a lo que ha llegado el consumidor de Illinois, necesitamos que nuestros hombres sigan vigilantes. Necesitamos que no desaprovechen lo hecho con sacrificio y con enorme visión. Necesitamos tener presente que la Electric Bond and Share es un poder horrible de conquista que no tiene escrúpulos para usar cualquier medio que le dé la victoria. Si nada de esto olvidamos y continuamos en una lucha recia contra los sitiadores de nuestra electricidad, en verdad llegaremos a decir que nos hemos salvado de las garras devoradoras de la Electric Bond and Share C°.

Mas, ilusiones a un lado y démonos cuenta de que la lucha no tiene tregua. La reflexión lleva con facilidad a términos que parecen simples. Ese de fijar

con justicia el valor de lo que aquí tiene la Electric Bond and Share C° parece sencillo. Sin embargo, es tan fundamental que sólo un empeño resuelto de los hombres que tienen a su cargo la custodia de los intereses de la nación en diversos órdenes, puede conseguirlo. La Compañía sabe que del valor inflado de sus propiedades y de su contabilidad acomodada a sus fraudes, dependen los rendimientos que ha de seguir obteniendo en Costa Rica. De modo que en no desbaratar esa muralla está concentrada la tarea de sus personeros a sueldo crecido. Sin embargo, la nación se impondrá si le damos el trato que merece. Si pensamos en los Tribunales de Illinois que dicen a una compañía similar a esta que nos explota, que no puede elevar el porcentaje de utilidades, porque le fué fijado de acuerdo con sus inversiones justas, nos llenaremos de la misma resolución para ceñir a freno mular a la Electric Bond and Share C°.

No olvidemos que la lucha es contra un poder de magnitud enorme. En los Estados Unidos tiene sus raíces y allá los hombres de visión clara lo doman y lo contienen con leyes grandes. No nos cansemos para que la lucha que no ha de parar tenga siempre de nuestra parte la aspiración por acabar con un mal que no debemos permitir que se estacione. Lucha recia contra la Electric Bond and Share C° y en todos los tonos. Esta Compañía usa su poder para matarle al país sus defensas. Pero si corrompe los periódicos porque en ellos hay mercaderes que trafican con la dignidad de la Prensa, no nos desanimemos y continuemos en la batalla. Debemos sacrificarnos para librar a la electricidad de que se vuelva bien de compañías sin entrañas.

Juan del Camino

Costa Rica y marzo del 33.

Campanas de Cartago

= *Envío del autor.* Cartago =

A veces, tal vez fuera mejor decir, con harta frecuencia, me despiertan de madrugada las campanas del Convento que tocan a misa de alba. Son las cinco: todo está tranquilo y en diáfano silencio como acabado de salir del pozo de aguas negras de la noche. Sólo se oye de cuando en cuando el canto de los gallos todavía roncos por la frigidez nocturna, o el traqueteo lejano de alguna carreta que viene a la ciudad. Queda aún un buen rato por dormir, el último, el más sabroso en opinión de aquellos voluptuosos que saben catear el vino del diosecillo coronado de adormideras en la copa de la acidia. Así y todo no suelo tomárselo a mal a las campanas del Convento, a estas buenas campanas amigas de mi infancia, a estos viejos bronces sonsacadores de cuantas beatas han dormido, duermen y dormirán a su alcance, desde los tiempos del Padre Quintana hasta la consumación de los siglos. Por el contrario, me gustan. Al menos hacen su desagradable oficio de despertadoras a la vida del afán y la congoja mejor que muchos aguafiestas, con voz queda, insinuante, casi tan suave como las tintas del amanecer. Pláceme oírlas e imaginármelas bien lejos, tal cual si emergieran de las regiones del sueño, arrebujadas aún en la neblina en que se esfuma la ciudad, convidando a una misa a que yo no he de ir, mientras las almas devotas, mas un poquillo dormilonas, andan en apuros porque **ya dejaron** y van a llegar tarde. A veces, oyéndolas tan discretas, tan dulces, tan ingenuas, me dan hasta ganas de hacer una calaverada, de levantarme e ir a darle una sorpresa a las beatas mañaneras que a esa hora se creen, en la penumbra flordelizada de llamas de cirios, únicas degustadoras de tales delicias místicas; pero hace frío, demasiado frío para abandonar la tibieza del lecho y echar a andar por esas calles. Es preferible dejarlas oír su misa en paz y que sigan creyéndome un hereje y conmiserándome, gozosas en el fondo, por la eternidad de carbones encendidos que se me espera, a coger un catarro.

Enrique Heine, cuando viajaba por Italia y probablemente uno de tantos días calurosos en que iba a buscar refrigerio a las catedrales, escribió que el Catolicismo era una religión de verano, pero evidentemente este dicho del gran humorista no tiene ni puede tener aplicación a Cartago y a esta destemplanza climatérica que aquí llamamos verano. Renuncio, pues, por ahora, a mi calaverada mística y acomodo mi cabeza otra vez en la almohada, la cual, aunque suave, no es, ni permita Dios que sea, la almohada pecaminosa del escepticismo. Yo he logrado ya, por suerte,—tal como quería James, el pragmatista,—consolidar mi fe sobre necesidades pasionales y admitir la verdad religiosa sin mirarle mucho los dientes (como a caballo regalado). Mi inteligencia, si es que alguna tengo, no se niega a dar el salto en la oscuridad que él preconizaba. El espíritu está listo; la carne es la miserable, que no quiere arrostrar el frío y se resigna cobardemente a que aquellas beatas afortunadas usufructúen exclusivamente las fruiciones espirituales que les procuran sus seráficos guías de la cuerda y la cogulla.

Durante el resto de la mañana, ocupados mis oídos con los timbrazos eléctricos del Colegio, respuestas de alumnos, y demás ruidos desapacibles, no vuelven a oír campanas, y si acaso las oyen no saben dónde las repican. Pero, ¡ay!, a mediodía nos espera un repique gordo en la Parroquia, gordo y largo, aunque tales términos parezcan contradictorios. Lo oímos con cristiana paciencia, y si no viene acompañado de cohetes, bombas y música de clarinete y tambor que nos recuerde la chirimía de cuando todavía éramos indios, nos damos por felices.

Como la tarde la paso los más días fuera de casa y de la zona directamente intervenida por el campanario parroquial, no puedo dar razón de los demás convites eclesiásticos a la dichosa feligresía cartaginesa, sin recurrir a informes domésticos. Mi señora me cuenta que los sábados, a las tres, se oye un repique discreto que viene, como vinieron los Reyes Magos, de Oriente. Es,—claro que ella no lo sabe porque no es cartaga,—la Salve de Nuestra Coronada Reina y Señora de los Angeles.

Con las sombras de la noche vuelven a mí las campanas (no vea el lector irónico, se lo ruego, ninguna mala intención de mi parte en este paralelismo casual). Cartago, como todo fiel cristiano, no se recoge y entrega al sueño sin antes rezar el Rosario. Allí están las campanas para recordárselo y publicar a todos los vientos que ella es de las ciudades privilegiadas que todavía se acogen a la benéfica institución de Nuestro Admirable Padre Santo Domingo de Guzmán, aunque no falten, sin embargo, en su seno, almas frívolas a quienes resulte imposible resistir el llamado chillón de las sirenas del Apolo convidándolas a surcar por cuatro reales las aguas chirles de los mares de la cinematografía yanqui.

A las ocho, terminado el Rosario, inmediatamente después del cornetazo de queda del Cuartel, doblan a Animas. Es éste un toque breve, pero tan cargado de tristeza y desolación, que parece más bien las paletadas de tierra que se echan sobre una huesa o las lágrimas que se lloran sobre una pena inconsolable. Los que como yo lo hemos oído desde niños con el inevitable acompañamiento que le hacían nuestras madres "las Animas benditas del Purgatorio descansen en paz, Amén", no podemos oír este quejumbroso responso de bronce en sufragio de las almas de los difuntos, sin sentir la nuestra sobrecogida, estrujada como por una mano misteriosa, y sin consagrar un enternecido recuerdo a los seres amados que ya no están a nuestro lado (1).

¡Qué poder el de la Iglesia Católica para dramatizar los incidentes de nuestra vida mortal, y qué poca cosa resultan, comparados con ese poder, los coros luteranos y los himnos traducidos del inglés con que nos aburre la capilla protestante que tenemos enfrente! Sólo la Iglesia Católica, nadie más que ella, es capaz de hablarnos al corazón con esa voz, de dar a los aires esa trémula queja tan llena de noble pesadumbre y de sombrías esperanzas, que pasa a esta hora en alas de la noche por sobre la callada ciudad como un memento a los muertos y como una advertencia a los vivos de la fugacidad de todas las cosas de la vida.

Mario Sancho

4 de marzo de 1933.

(1) Del Purgatorio recuerdo una fiel representación en la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad. No había en ella, como en el Dante, penas diferenciadas; todas las almas purgaban igualmente entre llamas sus pecados. Ante ese cuadro las viejas suspiraban siempre horrorizadas y contritas. ¡Pobres almas en pena ellas también!

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

El alcance en el tiempo

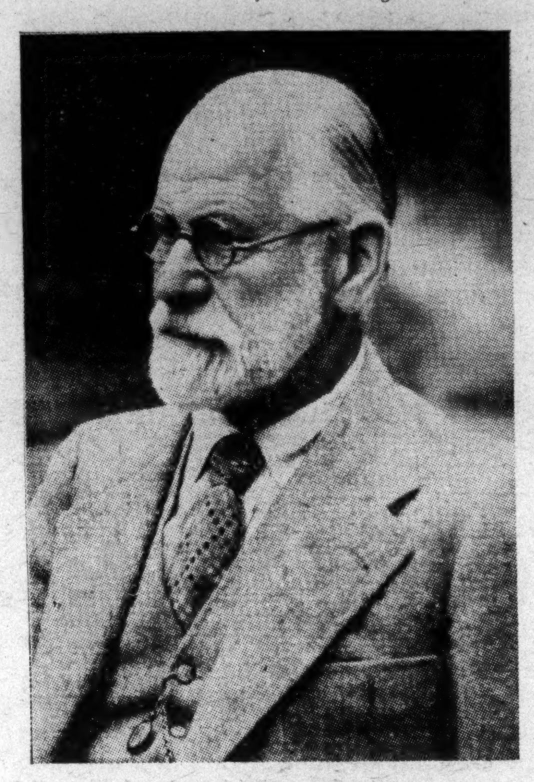
(Un capítulo de la obra de Stefan Zweig: FREUD. Stock, París. 15 fr.)

= Traducción y envío de *e.g.* =

Dos descubrimientos de una simultaneidad simbólica se producen en la última década del siglo XIX: en Wurzburgo, un físico poco conocido, de nombre Wilhelm Roentgen, prueba por una experiencia inesperada la posibilidad de ver a través del cuerpo humano, considerado hasta entonces como impenetrable. En Viena un médico también poco conocido, Sigmund Freud, descubre la misma posibilidad para el alma. Los dos métodos no solamente modifican las bases de su propia ciencia, sino que fecundan todos los dominios vecinos; por un cruzamiento curioso, la medicina saca provecho del descubrimiento del físico, y la del médico enriquece la psicofísica, la doctrina de las fuerzas del alma.

Gracias al descubrimiento grandioso de Freud, cuyos resultados, aún hoy, están lejos de haberse agotado, la psicología científica se sale al fin de los límites de su exclusividad académica y teórica y entra en la vida práctica. Por él, la psicología como ciencia se vuelve por la primera vez aplicable a todas las creaciones del espíritu. Pues la psicología de antes, ¿qué era? Una materia escolar, una ciencia teórica especial, encerrada en las universidades y en los seminarios, engendrando libros de fórmulas ilegibles e insoportables. El que la estudiaba no se conocía más a sí mismo y a sus leyes individuales que si hubiera estudiado el sánscrito o la astronomía, y el gran público, con un justo instinto, consideraba sus resultados de laboratorio como sin valor, porque eran totalmente abstractos. Haciendo pasar con un gesto decisivo el estudio del alma de lo teórico a lo individual y haciendo de la cristalización de la personalidad un objeto de investigación, Freud transporta la psicología escolar a la realidad, y la hace de una importancia vital para el hombre, puesto que en adelante se vuelve aplicable. Ahora solamente la psicología puede asistir a la pedagogía en la formación del ser humano que crece; cooperar a la cura del enfermo; ayudar a juzgar al descarriado; hacer comprender las creaciones artísticas; y al mismo tiempo que busca la explicación de cada individualidad, siempre única, ayuda a todos. Puesto que el que conoce el ser humano en él mismo, lo comprende en todos los hombres.

Orientando así la psicología hacia el alma individual, Freud ha inconscientemente liberado la más íntima voluntad de la época. Nunca el hombre ha estado más curioso de su propio Yo, de su personalidad, que en nuestro siglo de monotonía creciente de la vida exterior. El siglo de la técnica uniformiza y despersonaliza cada vez más el individuo del cual hace un tipo incoloro; ganando el mismo salario por categoría, viviendo en las mismas casas, llevando los mismos vestidos, trabajando a las mismas horas, en la misma máquina, buscando luego un refugio en el mismo género de distracciones, delante del mismo radio, del mismo disco fonográfico, dándose a los mismos sports, los individuos son exteriormente de una manera terrible, cada vez más parecidos; sus ciudades con las mismas calles son cada vez menos interesantes; las naciones cada vez más homogéneas; el gigantesco crisol de la racionalización funde todas las distinciones aparentes. Pero a pesar



Sigmund Freud en 1931

de nuestro exterior cortado en serie, y de los hombres clasificados a la docena conforme al tipo colectivo, en medio de la despersonalización progresiva de las maneras de vida, cada individuo aprecia más y más la importancia de la única capa vital de su ser inaccesible y que escapa a la influencia exterior: su personalidad única e imposible de reproducir. Ella se ha vuelto la medida suprema y casi única del hombre, y no es un azar si todas las artes y todas las ciencias sirven ahora tan apasionadamente a la caractereología. La doctrina de los tipos, la ciencia de la descendencia, la teoría de la herencia, las investigaciones sobre la periodicidad individual se esfuerzan en separar cada vez más sistemáticamente lo particular de lo general; en literatura la biografía profundiza la ciencia de la personalidad; métodos de examen de la fisionomía interior como la astrología, la quiromancia, la grafología, que se creían muertos desde hace tiempo, se desenvuelven en nuestros días de una manera inesperada. De todos los enigmas de la existencia ninguno importa más al hombre de hoy que la revelación de su ser y de su propio desarrollo, que las condiciones especiales y las particularidades únicas de su personalidad.

Freud ha reintegrado a este centro de vida interior la ciencia psíquica hasta ahora abstracta. Por primera vez él ha demostrado, alcanzando una grandeza poética, el elemento dramático de la cristalización de la personalidad humana, este vaivén ardiente y oscuro de la región crepuscular entre lo consciente y lo inconsciente, donde el choque más ínfimo engendra las consecuencias más vastas, donde el pasado se une al presente por las confusiones más raras, verdadero cosmos en la esfera estrecha de la sangre y del cuerpo, imposible de abarcar con la mirada en su conjunto y sin embargo, bello a contemplar como una obra de arte en su insondable conformidad con las leyes internas. Pero las leyes que gobiernan a un hombre, y es esto la revolución radical traída por su doctrina, no pueden nunca ser juzgadas según un esquema escolar; es necesario que sean experimentadas, probadas y reconocidas de este hecho como valores únicos. No se puede comprender una personalidad por medio de una fórmula rígida, sino única y exclusivamente por la forma de su destino, derivado de su propia vida: es por esto que toda cura médica, toda ayuda moral supone ante todo en Freud el saber, un conocimiento afirmativo, simpatizador y así verdaderamente intuitivo. El comienzo obligatorio de toda ciencia y de toda medicina psíquica para él es el respeto de la personalidad, ese "misterio revelado", según el sentido goetheano; ese respeto, nadie como Freud ha enseñado a reverenciarlo como si fuera mandamiento moral. Por él sólo millares y centenares de millares de seres han comprendido por la primera vez la fragilidad del alma, en particular del alma infantil; teniendo a la vista las heridas reveladas por él, han comenzado a darse cuenta que todo gesto grosero, toda intervención brutal (a veces basta una sola palabra) en esa materia super-delicada, dotada de una fuerza misteriosa de recuerdo, puede destruir un destino; que, por consiguiente, toda amenaza, prohibición, castigo o corrección irreflexiva, carga a su autor de una responsabilidad desconocida hasta aquí. El respeto de la personalidad, aun en sus errores, es lo que Freud ha introducido cada vez más profundamente en la conciencia de hoy, en la escuela, en la iglesia, en el tribunal, esos refugios del rigor; por esta visión mejor de las leyes psíquicas, ha propagado en el mundo una delicadeza y una indulgencia más grandes. El arte de comprenderse mutuamente, el más importante en las relaciones humanas, y el que hoy es más y más necesario a las naciones, el único en suma que puede ayudarnos a la construcción de una humanidad superior, este arte, de ningún método actual en el dominio del espíritu ha sacado más provecho que de la doctrina freudiana de la personalidad; gracias a Freud, uno se ha dado cuenta por la primera vez de un sentido nuevo y activo de la importancia del individuo, del valor único e irreemplazable de toda alma humana. No hay en Europa en todos los dominios del arte, del estudio, de las ciencias vitales, un solo hombre importante, cuyas concepciones no sean directa o indirectamente, quiera o no quiera, influenciadas de una manera creadora por las ideas de Freud: por todas partes este hombre aislado ha alcanzado el centro de la vida—lo humano. Y mientras que los especialistas continúan sin poderse inclinar ante el hecho de que esta obra no es rigurosamente conforme a las reglas de la enseñanza médica, filosófica u otra, mientras que los sabios oficiales disputan todavía furiosamente acerca de detalles y de finalidades, la teoría de Freud ha hecho desde largo tiempo sus pruebas y se ha mostrado irrefutablemente verdadera—verdadera en el sentido creador, según la frase inolvidable de Goethe: "Sólo lo que es fecundo es verdadero".

Stefan Zweig

Imprenta LA TRIBUNA